



# LA BANDA DE LOS 4 ASES

**Clark Carrados**







**PUNTO ROJO**







ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.657. — «T» para un traidor

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.518. — Huellas imborrables

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

1.058 — Sed de odio, sed de sangre.

En Colección CALIFORNIA:

812. — Abogado de revólver

En Colección KANSAS:

1.030. — Derrota y victoria

En Colección BRAVO OESTE:

626. — Clave para el asesino

En Colección SALVAJE TÊXAS:

818. — El fin de la cuenta

En Colección ASES DEL OESTE:

635. — Las siete chicas de oro

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

138. — Contratados para morir

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

66. — Destinos ardientes

En Colección PUNTO ROJO:

907. — Relato de un crimen

En Colección COLORADO:

1.069. — Unidos por el odio





CLARK CARRADOS

## **LA BANDA DE LOS 4 ASES**

Colección PUNTO ROJO n.º 909  
Publicación semanal



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

BARCELONA BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS MEXICO





ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B: 24.716 - 1979

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: septiembre, 1979

© Clark Carrados - 1979

texto

© Norma - 1979

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.  
Mora la Nueva, 2 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.  
Parets del Valles (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1979



## CAPÍTULO PRIMERO

—No se olvide de regar mis rosales, Hilda. Al menos, una vez a la semana. Y haga que Jack corte el césped con puntualidad. A ese respecto es un tanto negligente, y eso no me gusta —dijo la señora Thanford, mientras se ponía nerviosamente los guantes.

La doncella hizo una ligera genuflexión.

—Sí, señora, lo tendré todo en cuenta. La señora puede irse tranquila a su viaje a Europa, del que le deseo disfrute al máximo. ¡Cómo envidio a la señora! —suspiró Hilda.

Millie Thanford sonrió, evidentemente halagada.

—Usted también podrá viajar algún día. Además, tiene una ventaja inmensa sobre mí, muchacha: su juventud. Todo lo que yo tengo ahora, lo cambiaría en el acto por sus años. Pero, eso no puede ser...

Abajo, en el vestíbulo de la mansión, sonó tunante la voz del amo de la casa:

—¡Millie! —La voz era como un rugido—. ¿Quieres ir en avión a París o prefieres hacerlo a nado?

—Estos hombres... —refunfuñó, la señora Thanford—. Vámonos, Hilda, o si no, a mi dueño y señor le dará un ataque.

La señora Thanford cargó con su bolso y la doncella lo hizo con las dos últimas piezas del equipaje que restaban en el dormitorio. Abajo, en el vestíbulo, aparte del señor Thanford, se hallaba también Stewart, el impasible mayordomo, junto a la puerta que sostenía abierta con una mano.

—Dispensa, querido, pero le estaba dando las últimas instrucciones a Hilda... —dijo atropelladamente la señora Thanford—. No quisiera que mis rosales se agotasen... Ah, Stewart, ¿se ha ido ya la cocinera?

—Sí, señora, se fue esta mañana, a primera hora —contestó el mayordomo de cara de palo.

—Muy bien, necesitaba estas vacaciones. Stewart, cuiden de la casa, por favor.

—La señora puede ausentarse con toda tranquilidad —respondió Stewart.

—Pero ¿vienes o qué? —aulló el señor Thanford.

—Sí, sí, ya voy... Oh, qué hombre; ni hablar le deja a una...

La señora Thanford descendió corriendo los cinco escalones que había hasta el suelo, frente a la casa. El chófer del «Rolls», estaba en pie, con la gorra en la mano, sujetando la manija de la portezuela abierta con la otra mano.

El señor Thanford fue el primero en entrar en el coche, mientras el mayordomo acomodaba en el maletero el resto del equipaje.

—¡Al aeropuerto, Jack! —ordenó el señor Thanford—. ¡Y dese prisa, o tendré que alquilar un «Jumbo» para nosotros dos solos!

—Sí, señor.

El lechero, un hombre aún joven, de aspecto simpático, con chaquetilla y pantalones blancos, se cruzó con el lujoso «Rolls» cuando ya el vehículo atravesaba el jardín para salir a la calle. El lechero se quitó cortésmente la gorra. La señora Thanford le hizo un amistoso saludo con su mano enguantada. El señor Thanford estaba muy ocupado encendiendo el primer habano de la jornada.

El chófer regresó hora y media después y encontró al mayordomo sentado en una butaca, con los pies encima de una mesa, una copa de coñac en la mano izquierda y un cigarro en la derecha.

Hilda, la doncella, estaba medio sentada en un ángulo de la mesa, con la falda levantada y muy preocupada, al parecer, por un punto escapado de la media.

Jack contempló con ojos aprobadores el atractivo panorama que la falda levantada permitía ver. Hilda había cumplido ya los treinta años, pero tenía aún mucho que admirar.

Un poco más allá, Brian, el lechero, aunque despojado de las insignias propias de su grado, saboreaba el excelente *whisky* de Kentucky que se albergaba en la bien provista bodega del señor Thanford. Los tres que se encontraban en la casa, contemplaban satisfechos al recién llegado.

—¿Todo bien, Jack? —preguntó el mayordomo.

Jack hizo un gesto inequívoco con la mano.

—Ya han levantado el vuelo rumbo a Europa —contestó.

—Teníamos que hacerlo, si queríamos adquirir la confianza de los Thanford —contestó Stewart, a la vez que quitaba los pies de encima de la mesa.

—Además, ¿no es el golpe de la despedida? —les recordó Brian. Hilda dejó caer la falda.

—Os voy a echar mucho de menos —dijo en tono afligido.

—Es hora ya de disolver la sociedad y proceder al reparto —manifestó Stewart—. Recordad, fue una decisión tomada por unanimidad.

—Y conviene ya —añadió Jack—. La Banda de los Cuatro Ases debe dejar de existir. Stewart, ¿has preparado la «firma»?

—Ya la tengo lista —respondió el mayordomo, puesto en pie—. ¿Vamos?

Stewart, Hilda y Jack habían permanecido ocho meses, al servicio de los señores Thanford y sanándose su confianza. No había habido puesto en la casa para Brian, el lechero, por lo que éste había debido buscarse un empleo en la vecindad, cosa que no le había resultado demasiado difícil. También llevaba en el trabajo casi ocho meses y era muy apreciado y considerado en todas las casas a las que servía el pedido de leche.

Los cuatro se encaminaron hacia el despacho del señor Thanford, en el que, parcialmente empotrada en uno de los sólidos muros, había una caja fuerte casi tan grande como la de un Banco y, al decir de los expertos, invulnerable. Los expertos no habían considerado interesantes las actividades de los componentes de la Banda de los Cuatro Ases, ni mucho menos habían sido capaces de llegar a la conclusión de que podían ser los fieles y eficaces sirvientes de los señores Thanford, a los cuales era preciso agregar el puntual y servicial lechero de la vecindad.

Una hora más tarde, la caja fuerte, previamente desconectada de todos los sistemas de alarma, estaba abierta. Los ladrones empezaron a trasvasar su contenido a los maletines que habían prevenido al efecto. De pronto, Hilda vio algo que le hizo lanzar un grito de júbilo.

La señora Thanford no se había llevado todas sus joyas a Europa. Aquel collar, con «pendentif», situado en el aterciopelado fondo de una caja, cegaba literalmente con los destellos de su innumerables

piedras. Pero Stewart, el autor de la apertura, encontró algo más: una bolsita, con un buen puñado de diamantes en bruto.

Jack, el chófer, silbó.

—Lo menos hay cien kilates —dijo.

—Y son sin tallar —añadió Brian—. ¿Qué puede valer esto, Stewart?

—Un millón —contestó el mayordomo sin pestañear—. Claro que no nos darán tanto, pero sí podemos considerar, sin dificultad, la posibilidad de obtener cuatrocientos mil.

—Y en billetes hay...

—Trescientos cincuenta mil.

—Sí —suspiró Hilda—, tenía que ser nuestro último golpe.

Había también bonos al portador, por importe de ciento veinte mil dólares y otros valores, asimismo fácilmente transferibles, que sumaban noventa mil. Todo fue a parar a los maletines.

—Los Thanford no se fían demasiado de los Bancos, ¿eh? —dijo Jack, burlonamente.

—En su negocio, le interesa tener dinero contante —contestó Stewart, a la vez que, terminado el saqueo de la caja fuerte, se ponía en pie.

Cerró la puerta. Hilda, la doncella, fue la encargada de dejar la «firma» de la banda.

Era un naipe, que quedó pegado con una tira de papel adhesivo, transparente, a la metálica superficie de la caja fuerte. Pero el naipe ofrecía una curiosa peculiaridad: tenía cuatro ases. Los dos rojos, corazón y diamantes, estaban en las esquinas superior izquierda e inferior derecha, respectivamente. Los dos, negros, picas y trébol se encontraban, lógicamente, en las otras dos esquinas.

Hilda suspiró.

—Nuestra última firma —dijo.

Jack pasó el brazo en torno a sus hombros.

—Nos recordaremos mutuamente, siempre —sonrió—. Pero es hora ya de dejar el trabajo.

—¿Volveremos a vernos alguna vez? —musitó Brian.

—Una vez hecho el reparto, será preciso dejar pasar mucho tiempo —decretó el mayordomo—. No somos tan viejos, ni mucho menos; podemos esperar antes de celebrar nuestra primera fiesta de aniversario.

—Oh, lo olvidaba... —exclamó Hilda de pronto—. Había preparado algo para la despedida...

Momentos después, cuatro manos alzaban sendas copas llenas de champaña.

—¡Adiós, Banda de los Cuatro Ases! —dijo Hilda melancólicamente.

—Adiós —contestaron los tres hombres al unísono.

Alguien, días más tarde, se extrañó de no ver actividad alguna en la mansión de los Thanford, cosa rara, puesto que sabía debía hallarse la servidumbre en su puesto. Temiendo que hubiera sucedido algo, lo puso en conocimiento de la policía. Al día siguiente, los periódicos publicaron la noticia de un nuevo golpe de la Banda de los Cuatro Ases, cosa que podía deducirse sin dificultad, por la «firma» dejada en la caja fuerte. De los ladrones, cosa natural, no se tenía la menor noticia.

Los Thanford, lógicamente, tuvieron que suspender su gira turística por Europa. Cuando Millie Thanford supo a cuánto ascendían las pérdidas reales sufridas en el robo —no las declaradas falsamente a la policía—, sufrió un desmayo y tuvo que ser internada en una clínica. Su esposo empezó a ver muy negro el porvenir.

Aquel día, Temple *Kid* Cuthman había terminado un trabajo de notable importancia y se sentía muy cansado. La fatiga era más bien mental que física, por lo que decidió tomarse unas horas de diversión. No sabía bien qué hacer, hasta que recordó un local en el que trabajaba una antigua conocida, Clara Owens. Clara era una hermosa mujer, ardiente y afectuosa, con la que había sostenido un tórrido romance no hacía mucho tiempo.

Luego, las circunstancias de la vida les habían separado e incluso habían perdido el contacto. Pero Cuthman confiaba en que Clara se alegrase de verle y esperaba que le invitase a tomar unas copas en su casa, con lo que ello significaba en la realidad.

Cuando se disponía a salir de casa, sonó el teléfono. Levantó el aparato.

Era su hermano Stewart.

—Kid, ¿cómo te encuentras?

—Stewart, ¿de dónde sales? —exclamó Cuthman alegremente.

—He estado viajando —contestó Stewart, evasivo—. ¿Qué haces? ¿Tiene algún plan?

—Bueno, iba a ver a una amiga...

Stewart se echó a reír.

—¿Es guapa? Vaya una pregunta tonta. Bueno, que te diviertas...

—¡Espera, hombre! —dijo Cuthman presurosamente—. La cita puede posponerse. Hace lo menos cuatro años que no nos vemos y... Oye, una pregunta.

—Dime, Kid.

—Aquel trabajo... lo dejaste ya, supongo.

—Sí. Se disolvió la sociedad. Hace cuatro años ya. Acordamos suspender las... actividades.

Cuthman respiró aliviado.

—Menos mal —dijo—. Era algo que no me gustaba, Stewart.

—Lo sé. Pero te aseguro que te he dicho la verdad. Bien, si tienes un compromiso, no quiero hacer el papel de aguafiestas. Ven a comer mañana conmigo; he alquilado una casa en Shore Drive South, en el número tres mil ochocientos veinticinco. Quiero darte una sorpresa, ¿sabes?

—De acuerdo, Stewart.

Cuthman colgó el teléfono. Meneó la cabeza, Por fin, Stewart había dejado de robar. Era la mejor noticia que podía recibir.

Clara Owens se alegró infinito de verle. Era una mujer de formas generosas y carácter abierto y franco, lo que la hacía aun doblemente atractiva. Le reprochó no haber dado noticias de su vida durante tantos meses, le dirigió un montón de cariñosos apóstrofes y luego aceptó la petición de que le invitara a su casa a tomar una copa.

Pasaron juntos el resto de la noche. Clara desplegó todas sus habilidades amorosas, que eran muchas, indudablemente y, al fin, cerca de la madrugada, agotados ambos por el placer, se quedaron dormidos, estrechamente abrazados.

Era bien entrada la mañana cuando despertaron y volvieron a entablar un combate amoroso, que fue el perfecto remate del encuentro. Luego se bañaron juntos en la enorme bañera que Clara tenía en su casa, en realidad, una pequeña piscina en forma de óvalo, hundida en el suelo del cuarto de baño. Una vez terminada la

sesión del aseo, Clara fue a la cocina a preparar el desayuno.

Mientras lo hacía, tenía conectada la radio, que emitía una tanda de piezas de música moderna. Cuthman apareció poco después, en mangas de camisa. Puso las manos en la cintura de la joven, situado tras ella, y la besó en el lado izquierdo del cuello.

De pronto, la radio dejó de emitir música para transmitir noticias. La voz del locutor penetró sonora en la cocina:

—La policía acaba de descubrir un asesinato cometido en Shouth Shore Drive, que tiene unas características muy extrañas. El dueño de la casa número tres mil ochocientos veinticinco, ha aparecido muerto de un balazo en medio de la frente, sin que en la casa se observen rastros de violencia alguna. Pero lo que hace el caso particularmente intrigante es que ha sido hallado sobre su cuerpo un naipe de características verdaderamente extrañas, con tres ases, uno en cada esquina y correspondiente a uno de los palos de la baraja. Falta el as de trébol...

El estremecimiento que sacudió el cuerpo de Cuthman se transmitió por sus manos, al de Clara, que se alarmó en el acto al notar que algo extraño le sucedía a su huésped.

—¡Kid! ¿Qué te ocurre? —exclamó.

Clara se volvió. El rostro de Cuthman estaba horriblemente pálido.

—Ese hombre... —dijo el joven entrecortadamente—. Era mi hermano.

—Dios mío, no puede ser...

Clara lanzó un gemido.

—Me llamó ayer y me dio su dirección, que es la misma que acaba de mencionar la radio —contestó Cuthman—. No hay duda alguna, es él.

Inmediatamente, giró sobre sus talones y echó a correr en busca de su chaqueta. Cuando se disponía a salir, Clara le detuvo un instante.

—¿Puedo ayudarte en algo, querido?

Cuthman meneó la cabeza.

—Gracias —murmuró con voz tensa.

La radio proseguía sus comentarios:

—El teniente Holler ha declarado que la víctima pertenecía sin duda a la famosísima Banda de los Cuatro Ases, que hace algunos

años, perpetró robos ejecutados muy hábilmente y de los que supone proporcionaron a sus autores un botín superior a los cuatro millones de dólares...

Clara se pegó súbitamente con ambas manos en las mejillas:

—Cielos, cuatro millones. Esto parece cosa de fábula.

Pero, lo adivinó en aquel momento, no había nada de fábula en el suceso.

## CAPÍTULO II

La última paletada de tierra fue arrojada sobre el ataúd y el sacerdote rezó la plegaria de despedida. Llovía mansamente y las nubes, muy bajas, se deshilaban en los árboles del cementerio. Con el rabillo del ojo, Temple *Kid* Cuthman, contempló durante un instante a la desconocida que se hallaba a poca distancia y que había asistido a la ceremonia, sin acercarse a él para darle el pésame.

Era una muchacha alta, delgada, de pelo dorado oscuro, como el bronce, y cuyos ojos estaban ocultos por unas grandes gafas de color. Vestía de negro y se protegía de la lluvia con un paraguas de color azul. La desconocida se alejó con paso rápido, antes de que el clérigo hubiese terminado la oración postrera.

A los pocos momentos, Cuthman echó a andar por la suave pendiente que conducía a una de las avenidas del cementerio. Un hombre, con sombrero e impermeable, le salió al paso.

—Soy el teniente Holler, de Homicidios —se presentó—. ¿Le importa que hablemos unos momentos, señor Cuthman?

—Estuve conversando ayer con un oficial...

—Lo sé —dijo Holler—. Era el sargento Brent, mi adjunto. Yo estaba fuera de la ciudad y él inició las investigaciones propias del caso. Pero me gustaría oírle en persona, si no tiene inconveniente.

—¿Aquí? —Cuthman señaló al cielo, plomizo, oscuro.

—Podemos hacerlo en su coche, de vuelta a la ciudad. Brent conducirá el mío.

—Muy bien, teniente, como quiera.

Momentos después, Cuthman hacía girar la llave de contacto. Holler le ofreció un cigarrillo y él lo aceptó.

—Empiece —invitó, a la vez que pisaba el acelerador.

—Le supongo enterado de las noticias. A su hermano le pegaron un tiro entre ceja y ceja. Sobre su cuerpo, se encontró un naipe con

tres ases. Faltaba el de trébol. ¿Qué significado atribuye usted a este detalle?

—¿Qué piensa usted, teniente?

Holler se repantigó en el asiento.

—Voy a decírselo con toda franqueza. Alguien ha pensado en vengarse de la Banda de los Cuatro Ases y ha empezado por su hermano. Por lo visto, y ésta es la primera noticia que tenemos, a su hermano le correspondía el as de trébol. ¿Qué sabe usted sobre el particular?

—Nada, teniente.

—¿Puedo creer en su sinceridad?

Cuthman se encogió de hombros.

—Me es igual —contestó secamente—. Teniente...

—Puede llamarme Pat —sonrió el policía—. No soy mucho mayor que usted, Kid... si me lo permite.

—Está bien enterado de mi vida, ¿eh?

—Hemos hecho una rápida investigación. Puedo asegurarle que todos los informes sobre usted son altamente favorables.

—Gracias, Pat. Entonces, le seré sincero. Hasta hace cuatro años, muy aproximadamente, no supe que mi hermano había sido uno de los miembros de la banda. Desde que yo era muy joven, nuestras vidas habían seguido rumbos prácticamente opuestos, a pesar de lo cual no se rompió completamente el contacto. Stewart tenía doce años más que yo y me ayudó mucho en mis estudios. Alguna vez le pregunté en qué trabajaba y él contestó siempre con evasivas. Nunca quiso decirme de qué procedían sus ingresos. Sin embargo, no sospeché jamás que hubiera sido un ladrón, hasta que él, cierta noche, se explayó conmigo y me lo contó todo...

»Bueno —continuó el joven—, fue una confesión a grandes rasgos. Citó unos cuantos nombres, que ya he olvidado, salvo el de su última víctima, un tal Thanford, al que le despojaron de casi un millón de dólares, entre billetes y joyas. Él fue quien mencionó el nombre de la banda, aunque no me dijo cuál era su as. Me creerá o no, pero le dije que debería devolver lo que había robado. Stewart se echó a reír, se burló de mí y dijo que podía ser imprudente y deshonesto, pero no tonto, y que sus víctimas eran aún más ladrones y que todo lo que les habían robado procedía de negocios ilegítimos».

—Es lo que suelen decir muchos ladrones —comentó Holler.

—Le repito lo que me contó y lo que le dije. Naturalmente, no me hizo caso. Sólo dijo que el golpe en la mansión de los Thanford, que les había costado casi ocho meses de preparación, era el último y que la banda se había disuelto. Después, nos separamos y ya no volví a saber de él, hasta hace dos días, en que me llamó para notificarme su llegada a esta ciudad. Quedamos en almorzar juntos al día siguiente, es decir, ayer, pero no llegué a verle con vida.

—¿Le mencionó su hermano el nombre de los otros tres ases? —quiso saber el policía.

—No. Ni yo se lo pregunté siquiera. A este respecto, estoy tan ignorante como usted. O más que usted, puesto que quizá los conoce...

—No —suspiró Holler—. No sé quiénes son los tres ases restantes. Pero me temo que alguien sí los conoce y piensa eliminarlos.

—En su opinión, ¿por qué motivos, teniente?

—Puede pensarse en la venganza, en el deseo de conseguir parte del botín que ellos robaron... No olvide que el producto de sus golpes se acercaba mucho a los cuatro millones.

—Lo sé, pero sólo porque lo dicen los periódicos —respondió Cuthman.

—En este punto, dicen la verdad. He repasado los archivos, buscando los datos correspondientes a los robos cometidos por los Cuatro Ases, y esa cifra es muy aproximada a la realidad. En total fueron ocho «golpes», realizados con una habilidad e inteligencia poco comunes, con la desventaja, para nosotros, de que nunca pudimos identificar a los autores. Sólo hemos conocido a uno de los ases, cuando ya estaba muerto.

—Robar no es bueno, pero matar... —dijo Cuthman ceñudamente.

—Comprendo sus sentimientos —dijo el policía—. De todos modos, el que infringe la ley, aunque sea en nombre de una causa más o menos noble, no puede esperar vivir tranquilamente.

—¿Es ésa su filosofía, teniente?

—La muerte de su hermano lo ha demostrado —contestó Holler, impasible.

—¡Fue un ladrón, pero no merecía morir como un perro!

—Alguien pensó todo lo contrario. Mal pensado, pero eficazmente ejecutado. Por supuesto, será inútil preguntarle por la parte de botín que correspondió a su hermano.

—Sí, es inútil, porque jamás me dio un centavo, excepto cuando yo estudiaba, y entonces, que yo sepa, no actuaba aún la banda. Sólo hablamos un minuto anteanoche y no tuve tiempo de hacerle preguntas, que, por otra parte, sabía no serían contestadas.

—Había alquilado una casa en South Shore Drive. Eso significa que pensaba establecerse aquí.

—Posiblemente —admitió Cuthman.

—Debió de venir aquí hace algún tiempo. ¿Cómo no le llamó antes?

—No lo sé, teniente; no tenía la menor idea de que estuviese en Los Ángeles, hasta que recibí su llamada. Me crea o no, le estoy dando unas respuestas absolutamente veraces.

Holler hizo un movimiento de cabeza.

—Haga el favor de parar —solicitó.

Cuthman arrimó el coche a la acera. El que conducía el sargento Brent, se detuvo inmediatamente detrás.

—Una última pregunta, Kid —dijo Holler, una vez hubo puesto en el suelo, inclinado hacia la ventanilla del coche—. ¿Sabe si había alguna mujer en la vida de su hermano?

—Se casó hará unos diez años, pero se divorció al siguiente. Yo ni siquiera llegué a conocer a mi cuñada. Después... si hubo mujeres, supongo serían amoríos pasajeros.

—Podía estar a punto de casarse de nuevo. El sargento Brent me ha dicho que la casa estaba recién equipada y que daba la sensación de estar dispuesta para recibir a una mujer, legítima o no.

—Lo siento, Pat.

Holler sonrió.

—Gracias por su colaboración, Kid. Reciba mis condolencias más sinceras. Y, si necesita algo de mí, no dude en llamarme a Jefatura.

Cuthman asintió y pisó el acelerador. Por el retrovisor pudo ver que Holler se acomodaba en el coche de la policía. ¿Era cierto, se preguntó, que la muerte de su hermano significaba el principio de una cadena de crímenes, que sólo tendría fin cuando muriese el último miembro de la banda que tan famosa se había hecho unos años antes?

Apenas si tenía apetito. El camarero se llevó el plato, casi intacto. Trajo carne con verdura, pero no pudo pasar más de un par de bocados. Encendió un cigarrillo, furioso y deprimido a un tiempo.

De pronto, un hombre se sentó frente a él. Era Jeff Collins, dueño del restaurante al que solía acudir con gran frecuencia, buen amigo suyo, a pesar de la diferencia de edad. Collins andaba ya por el medio siglo y era hombre que había vivido lo suyo.

—Estás preocupado, Kid —dijo.

Cuthman asintió.

—Imagínate —contestó.

—Sé lo que sientes. No quiero decirte cosas como ánimo, valor y tonterías por el estilo. Eso no sirve de nada. Sólo el tiempo mata las penas, dígase lo que se diga.

—Eres un filósofo, Jeff.

—La vida, Kid —suspiró Collins—. Pero yo me figuro que tú quieres saber algo más de tu hermano. Mejor dicho, te gustaría conocer a los otros tres ases.

—¿Por qué lo dices, Jeff?

—Llevas viniendo a mi casa más de tres años y he aprendido a conocerte. Nunca dejas un trabajo, hasta que lo has concluido a satisfacción y encontrado la solución sin el menor género de dudas.

—Eso es muy cierto. Me gusta hacer las cosas bien.

—Entonces, si tienes interés en saber quién mató a tu hermano, ve a visitar a Thad Conklin. Le llaman El Gordo, pero no se lo digas, si no quieres irritarle.

—¿Quién es Conklin?

El dueño del restaurante sonrió sibilinamente.

—No hagas demasiadas preguntas —aconsejó—. Pero es muy probable que él conozca los nombres de los tres ases restantes.

Cuthman miró de hito en hito al hombre que tenía frente a sí.

—Jeff, ¿tú también crees que hay tres hombres condenados a muerte?

Collins asintió con repetidos movimientos de cabeza.

—¿Después de cuatro años de su último golpe? —preguntó el joven.

—Sí.

—Pero ¿por qué esperar tanto tiempo, Jeff?

—¿Quién sabe? Tal vez ha empleado cuatro años en localizar a los cuatro ases. Por lo menos, al as de trébol.

Cuthman se acarició el mentón pensativamente.

—Podiera ser —musitó—. Dime dónde puedo encontrar a Conklin, por favor.

—Te daré su dirección privada, es lo mejor. Yo hablaré con él, para que te reciba mañana, a las dos de la tarde. Si hubiese problemas, te llamaría a tu casa.

—Está bien, Jeff. ¿De qué conoces a Conklin?

Collins soltó una risita maliciosa.

—No hagas preguntas que no pueden tener respuesta —respondió.

Momentos después, Cuthman volvía a quedarse a solas. Intrigado, se preguntó qué relaciones podían existir entre Jeff y un hombre que, a juzgar por lo que podía deducir, no parecía ser demasiado amigo de la ley.

Pero ello no le importó en absoluto. Lo que quería era encontrar a los tres ases todavía vivos y, más aún, encontrar al asesino de su hermano.

De pronto, vio a una hermosa mujer que se ponía en pie y se disponía a abandonar el restaurante. Vestía un traje de color rojo oscuro y llevaba puestas unas gafas de montura muy grande y cristales claros, pero no tanto que permitiesen ver el color de sus pupilas. A Cuthman le pareció ver algo conocido en los rasgos de la joven, pero no logró recordar dónde la había visto antes de aquellos momentos.

Ella salió del restaurante. Sólo un minuto más tarde, Cuthman recordó a la hermosa desconocida que había asistido aquella mañana al entierro de su hermano.

Era algo que le había chocado extraordinariamente, precisamente porque no conocía a la mujer. Obedeciendo a un impulso repentino, se puso en pie de un salto y corrió al exterior del local.

La joven había desaparecido ya. Lo único que pudo ver fue las luces rojas de un coche que se alejaba a gran velocidad, demasiado para poder alcanzarlo con el suyo.

Frustrado, contuvo una interjección. Pero de pronto supo que, si la desconocida había acudido al restaurante una vez, volvería en

más ocasiones y entonces él conseguiría hablar con ella y conocer los motivos que la habían impulsado a asistir al entierro de su hermano.

### CAPÍTULO III

Para sorpresa de Cuthman, Conklin era menos gordo de lo que debía esperarse, dado su apodo. Tal vez hacía dieta, pensó, mientras estrechaba su mano fofa y blanda, en el lujoso despacho, severamente amueblado, y que contrastaba tanto con el delirante futurismo de la decoración del resto del edificio.

A través de la ventana, se veía una gran explanada, con árboles, césped y piscina. El sol había salido y dos hermosas mujeres, en traje de baño, jugaban, arrojándose una pelota de vivos colores. Conklin vivía bien, pensó el joven. ¿Qué era, jefe oculto de una partida de *gangsters*?

—Jeff me llamó anoche —dijo Conklin, mientras se acercaba a la mesa en que había servicio de licores—. ¿Qué prefiere, Kid?

—Dos dedos, solo, gracias, señor.

Conklin asintió.

—Usted no sabía que su hermano era uno de los cuatro ases —dijo.

—Lo sabía —contestó el joven.

Conklin alzó las cejas.

—Curioso —musitó. Entregó el vaso a su visitante—. ¿Desde cuándo?

—Hace cuatro años. La banda se había disuelto ya, señor.

—Una banda muy eficaz. Ojalá los hubiera conocido yo a tiempo. —Conklin soltó una risita—. Bueno, eso es un decir; ellos eran muy independientes...

—¿Los conocía usted?

—Conocía sus hazañas. Y a su hermano, nada más.

—¿Sabía que él era...?

—Nunca me lo dijo, pero yo lo sospechaba. Y soy siempre muy discreto.

Cuthman comprendió el significado de la respuesta.

Por un momento, se sintió tentado de abandonar una empresa apenas iniciada. No sabía nada, no tenía la menor prueba, pero presentía que, aunque sólo fuese por unos minutos, había entrado en un mundo totalmente distinto del que vivía habitualmente. La sensación de que se hallaba en presencia de un delincuente de altos vuelos, hizo presa en su ánimo con la fuerza de las garras de un felino salvaje.

—¿Cuáles fueron sus relaciones con mi hermano, señor Conklin? —preguntó.

—Relaciones... comerciales.

Conklin era terriblemente escurridizo, pensó el joven.

—Apostaría a que le trajo valores y diamantes para vender —dijo.

El Gordo sonrió.

—No sea demasiado curioso, muchacho —contestó—. De todos modos, yo apreciaba mucho a Stewart. Me proporcionó excelentes negocios. Luego se retiró y yo lo lamenté, pero, claro, no podía objetar su decisión.

—Señor Conklin, me interesa encontrar al asesino de Stewart. ¿Lo sabía usted?

—Le daré una pista, muchacho; es todo cuanto puedo hacer por usted. Anote este nombre y su dirección, por favor.

Cuthman sacó su agenda. Conklin pronunció unas cuantas palabras.

—Sólo por la amistad que me unió con Stewart, hago esto —añadió—. Ni siquiera se lo diría a la policía, ¿me comprende?

Cuthman asintió. Sí, lo comprendía muy bien.

—Muchas gracias, señor Conklin.

La puerta del despacho se abrió de pronto y una mujer irrumpió en la habitación impetuosamente.

—Thad, quería decirte...

La mujer se calló de pronto al ver que Conklin no estaba solo.

Cuthman contuvo un respingo. Aquella hermosa joven, vestida con un sucinto traje de baño y una bata corta, mal cerrada, era la misma que había estado presente en el entierro de su hermano y a la que había visto por la noche en el restaurante de Collins.

—Perdóname, no sabía que estuvieras ocupado —añadió, tras una breve pausa.

—Oh, no tiene importancia, querida —sonrió Conklin—. Permíteme, el señor Cuthman...

—¿Cómo está? —dijo ella.

—Kid, le presento a Madge Louis.

—Encantado, señorita —dijo el joven gravemente.

Se volvió hacia el dueño de la casa.

—Gracias, señor Conklin.

—Estoy a su disposición, Kid.

¿Qué era y qué hacía Conklin?, se preguntó el joven, mientras cruzaba el jardín, por el que se paseaban un par de tipos fornidos, con todo el aspecto de ser guardaespaldas, dispuestos a todo.

«Mas vale no profundizar», pensó.

El teniente Holler le visitó aquella misma noche en su casa.

—Le traigo algo —dijo.

Cuthman contempló con asombro las llaves que el policía ponía en sus manos.

—¿Qué significa esto, Pat?

—La casa de South Shore Drive y el coche que está guardado en el garaje.

—Ah...

—Hemos averiguado que la casa pertenecía a su hermano. Ahora es suya, claro, aunque me imagino que deberá realizar los trámites legales, para que la propiedad le sea atribuida según la ley. Del coche se puede decir lo mismo, Kid.

—No se me había ocurrido siquiera —murmuró Cuthman.

—He creído que debía saberlo, Kid.

—Gracias. Oh, perdona, no le he invitado a tomar una copa...

¿O prefiere una cerveza?

—Se lo agradezco. Buenas noches, Kid.

—Buenas noches, teniente.

Cuthman contempló las llaves durante unos momentos. Luego las dejó a un lado. Sentado en el diván, encendió un cigarrillo y contempló durante largo rato las espirales de humo. Ahora era dueño de una casa, de bastante valor, de un coche... pero ¿quién había asesinado a Stewart?

Luego, sin saber por qué, pensó en Madge Louis. ¿Había tenido ella alguna relación con su hermano?

Empezaría a saber algunas cosas cuando hubiera hablado con

Rory Baltham, el hombre a quién le había aconsejado visitar Conklin, decidió finalmente.

Contempló estupefacto el coche, un último modelo, con todos los adelantos habidos y por haber y con una serie de adminículos de lujo casi imposibles de adivinar. Se lo vendería en cuanto pudiese, pensó; no le gustaba el exhibicionismo en absoluto. Aquel coche debía de haber costado un buen puñado de dinero, pero, claro, ¿qué importaban unos miles de dólares, cuando no costaban nada de ganar?

El garaje tenía una puerta que comunicaba con el interior de la vivienda, la cual estaba rodeada por un espacioso jardín. Había una piscina en la parte posterior, apreció desde una de las ventanas posteriores.

La cocina estaba montada con todo lujo. ¿Era cierto que Stewart esperaba allí a una mujer?

De pronto, oyó un ruidito en la parte delantera, a la que no había llegado todavía, ya que la puerta del garaje daba a la trasera del edificio. Intrigado, salió de la cocina y apareció en el gran salón, justo a tiempo de ver que se cerraba la puerta de entrada.

Todo estaba en orden, apreció en una fracción de segundo, mientras cruzaba la sala a todo correr. Abrió la puerta y divisó una silueta femenina que se movía con increíble velocidad.

—¡Oiga! —gritó.

Ella no le hizo caso. Había un coche descapotable junto al bordillo de la acera y pasó a su asiento, saltando a la torera. Cuthman corrió a lo largo del sendero central, pero llegó tarde.

—Condenada —gruñó, mientras veía alejarse el coche rojo, tras un brutal acelerón.

Era Madge Louis, no cabía la menor duda. Pero ¿a qué diablos había ido a la casa de su hermano?

Frustrado, volvió sobre sus pasos. Pero, de pronto, se le pasó el mal humor.

Casi se echó a reír. Ahora ya sabía dónde encontrar a Madge. Y la haría hablar, cuando se le presentase la ocasión.

Durante un buen rato, exploró la casa, que aparecía en perfecto orden. Su hermano había gastado allí muchos miles de dólares. ¿Valía la pena cambiarse?, se preguntó.

Pasada una hora, cerró la puerta. Era hora de ir a visitar al

hombre que le había recomendado Conklin.

¿Qué podía decirle Rory Baltham?

—Así que usted es el hermano de Stewart.

—Sí, señor.

Baltham soltó una risita, de tonos ya cascados, por la edad. Lo menos tenía setenta años, calculó Cuthman. A pesar de todo, el hombre se conservaba bastante bien.

—Y quiere saber quién le mató.

—Es lo que deseo, señor Baltham.

—Un buen muchacho, el pobre Stewart. No merecía morir de tan mala manera.

—Yo también pienso lo mismo —dijo Cuthman.

El viejo se sirvió una buena dosis de escocés. Cuthman había rechazado la invitación.

—Es el primer as que muere —dijo Baltham, después de limpiarse los labios con el dorso de la mano—. Puede que los demás sigan el mismo camino.

Eructó y hurgó en un cenicero, del que sacó la apesosa colilla de un cigarro, para ponérsela entre los dientes. Luego rebuscó en los bolsillos de su chaleco.

—Uno de los ases era hembra —dijo casi ininteligiblemente—. ¡Pero esto lo sabe todo el mundo!

—Menos yo —sonrió Cuthman.

—El nombre es Hilda. Muy guapa, unos treinta años, morena, ardiente. Inteligente como pocas y dispuesta a todo.

—¿La conocía usted?

Baltham le miró de un modo especial.

—Sí, desde que nació —contestó, con otra de sus risitas.

Cuthman comprendió en el acto.

—Es su hija.

—Pero no lo sabe nadie, muchacho.

—Ahora lo sé yo. Y quizá también Conklin. O si no, ¿por qué me ha enviado aquí?

—No, Conklin no lo sabe.

—Entonces, ¿por qué diablos me envió a verle a usted?

—Bueno, yo conozco a mucha gente. Además, Conklin no le mencionó específicamente el nombre de Hilda. Sólo le dijo que podía darle una pista, eso es todo.

Cuthman asintió.

—De acuerdo, es una pista... lo será, mejor dicho, si me dice dónde puedo encontrar a su hija.

—Pues la verdad es que hace mucho tiempo que no sé de ella —contestó Baltham—. Lo único que puedo hacer es darte su última dirección. Sin embargo, no te garantizo que cuando llegues allí, siga en el sitio.

—Al menos, es un principio —dijo el joven—. ¿Señor Baltham? —llamó de pronto.

El viejo se volvió, desde la puerta del dormitorio al que se dirigía.

—¿Sí, muchacho?

—¿Quién mató a mi hermano?

Baltham hizo una serie de movimientos con la cabeza.

—No lo sé —respondió—. Tengo la sensación de que es una venganza...

—¿Una venganza?

—Muy posible. De las víctimas de la Banda de los Cuatro Ases, tres quedaron totalmente arruinadas. Claro que se lo merecían, pero es de suponer que no enviaron bendiciones a los ladrones que les habían vaciado los bolsillos. Ah, y un cuarto se voló la tapa de los sesos después del golpe de la banda.

—Un suicidio.

—Sí. —Baltham chasqueó los dedos—. Era un tipo llamado... Ah, ahora lo recuerdo. Sí, se llamaba Louis. Apellido, claro.

Cuthman se quedó parado, mientras el anciano se metía en el dormitorio. Luego hubo un momento de silencio.

Transcurrieron un par de minutos. De pronto, Cuthman creyó oír un ruido extraño, como el golpe de una puerta al cerrarse, sin demasiada fuerza, o una palmada relativamente suave y no de tonos secos, sino más bien graves.

Casi en el acto, oyó otro ruido y le pareció que un cuerpo humano caía al suelo. Un oscuro presentimiento le hizo saltar hacia adelante.

Desde la puerta vio la ventana del dormitorio abierta de par en par. Más cerca, junto a la cama, estaba Baltham, arrodillado y apoyado en el lecho, con la cabeza ensangrentada. El orificio mortal se divisaba con toda claridad.

Corrió hacia la ventana. Ya no se divisaba a nadie en las inmediaciones de aquel barrio relativamente modesto, salvo, a lo lejos, un descapotable de color rojo que se alejaba a toda velocidad.

—¡Ella! —exclamó Cuthman, furioso.

Dudó un momento. Luego se volvió hacia Baltham.

El asesino había utilizado una pistola con silenciador, no cabía duda; era el primer ruido que había percibido. De este modo, nadie había podido escuchar el disparo fatal.

Súbitamente, reparó en un detalle. En la mano derecha de Baltham había un trozo de papel, sujeto todavía por los dedos crispados. Inclínándose, lo tomó con dos dedos y lo sacó muy suavemente, para, después de mirarlo unos instantes, guardarlo en el bolsillo.

Luego se fue al teléfono y avisó al teniente Holler.

## CAPÍTULO IV

Cuthman decidió posponer el viaje a Glendale, hasta después del entierro de Baltham, al que asistió, con la esperanza de ver a su hija. Pero no asistió ninguna mujer de unos treinta y cuatro años, que debía de ser la edad actual de Hilda. La única que vio fue una viejecita de cabellos completamente blancos, encorvada sobre sí misma y apoyada en un bastón, que se acercó al final de la ceremonia.

A Cuthman le pareció una curiosa, ya que la había visto antes merodeando por las otras tumbas, y ya no le hizo el menor caso. Luego, cuando todo hubo terminado, se encaminó en busca de su coche.

Abrió la puerta y se quedó como convertido en una estatua.

—Entre —invitó Madge Louis, mirándole a través de sus grandes gafas de color.

Cuthman vaciló un segundo y acabó sentándose tras el volante. Madge movió una mano.

—Vamos a dar una vuelta —indicó—. Luego, tráigame aquí, para que pueda recoger mi coche.

—Muy bien.

Madge prendió un cigarrillo y expulsó el humo lentamente.

—¿Qué piensa de mí, señor Cuthman?

—Que es una asesina, señorita Louis.

—¿Seguro? —rió ella.

—Me gustaría examinar su bolso. Encontraría una pistola y tal vez un silenciador.

—No voy nunca armada. Detesto las armas de fuego.

—Eso puede ser solamente una frase engañosa.

—Soy sincera —dijo ella sin perder la calma—. Y usted no cree que soy la asesina de Baltham.

—¿Por qué no he de creerlo?

—Me habría denunciado ya a la policía, ¿no? ¿O es que pretende desempeñar el papel del hombre justiciero, que arregla las cosas por sí mismo, sin la intervención de nadie?

Cuthman apretó los labios y no dijo nada. Madge soltó una risita.

—Le duele tener que admitir la verdad —añadió.

—Escúcheme —gruñó él—. Después de la muerte de Cuthman, yo vi su coche rojo...

—Vio un coche rojo, que no es lo mismo. Puedo probar perfectamente mi coartada.

—Claro, su amante dirá que estaba con él a la hora en que se cometía el crimen, ¿verdad?

—¿Mi amante? ¿Quién?

—Vamos, no se haga de nuevas.

—Si se refiere a Conklin, está equivocado totalmente, pero no haré nada para sacarle de su error.

—Oh, no se preocupe; su vida íntima no me importa en absoluto. Puede ser amante de Conklin o de quien le apetezca; eso no me quitará el sueño. Me preocupa mucho más el asesino de mi hermano.

—Y a mí también, Kid, ¿sabe que su hermano provocó la muerte de mi padre?

Cuthman asintió con signos. Ella puso el cigarrillo en el cenicero.

—Usted podría apreciar a su hermano, lógicamente, pero yo quería a mi padre. Su hermano, en unión de tres más, lo dejó en la más completa ruina. Mi padre no fue lo suficientemente fuerte para afrontar la situación y se voló la cabeza.

—¿Cuánto le robaron?

—Unos quinientos mil dólares.

—¿Era su padre un hombre honrado?

—¡Kid! —gritó ella.

—Mire. Madge, yo no voy a defender a mi hermano, pero sé que su banda sólo robaba a tipos que tenían mucho que ocultar a la ley. Su padre pudo ser uno de ellos. Nadie hoy día, excepto ciertas personas, tiene una fortuna en su propia casa. Para eso están los Bancos, los talonarios de cheques y las tarjetas de crédito, ¿eh?

—Mientras la ley no dice que una persona es culpable, esa

persona debe ser considerada como inocente, que es el caso de mi padre.

—Hay muchas personas que saben burlar muy hábilmente la ley. Yo lo sé, por mi profesión.

Madge le miró con curiosidad.

—¿Qué es usted? —preguntó.

—Censor jurado de cuentas —respondió Cuthman hoscamente—. Tengo una oficina de auditoría de cuentas, que ya posee cierta reputación, y entiendo mucho de trampas financieras.

—Tan joven —se burló Madge—. ¿Quiere dar la vuelta, por favor?

Cuthman obedeció.

—Usted está buscando algo —dijo—. Entró en casa de mi hermano y escapó cuando se dio cuenta de que yo estaba allí.

—Claro que busco algo —respondió ella desenvueltamente—. Trato de recobrar, si no todo, parte de lo que le robaron a mi padre.

—Le aseguro que yo no tengo un solo céntimo de ese botín.

—Lo sé, Kid.

—¿Quién se lo ha dicho?

—Conklin. Lo mencionó ayer. Repitiendo sus propias palabras, dijo: «Es asquerosamente honrado».

—¿Y él, cómo lo sabe?

—Tiene muchos conocimientos, es todo lo que le puedo decir.

—Habrá que agradecerle la buena opinión que tiene de mí. Dígaselo de mi parte cuando lo vea, ¿eh?

—No, no se lo diré. Sabría que hemos estado hablando y podría no gustarle.

—Es lógico —sonrió Cuthman—. Hay veinte años de diferencia entre los dos.

—Sigue pensando que soy su amante.

Cuthman no contestó. Ya no dijo nada, hasta hallarse junto al coche rojo de la muchacha.

—Siento lo de su padre, Madge.

—Usted no tuvo la menor culpa —se despidió ella. Cuthman se puso un cigarrillo en los labios y permaneció inmóvil, hasta que la vio desaparecer en lontananza. Luego sacó un papel del bolsillo.

Era la última dirección de Hilda Baltham, la cual, hasta hacía un año, había vivido en Ventura, a noventa kilómetros al noroeste de

Los Ángeles.

El conserje meneó la cabeza y dijo:

—Lo siento, no puedo decirle su actual dirección. Se marchó sin dejar señas.

Cuthman se mordió los labios, frustrado.

—Ventura no es muy grande —manifestó—. Quizá haya alguien que pueda decirme...

—En todo caso, ¿por qué no va al Sutter's?

—¿Qué es eso?

—Verá, ella era la directora artística o algo así. Es un gran conjunto, motel, gasolinera, sala de fiestas y casino. No sé qué la haría abandonar su empleo; debía de ganar mucho dinero, pero, claro, yo no iba a preguntárselo.

—¿Dónde está el Sutter's?

El conserje se lo indicó. Cuthman le dio un billete de cinco dólares como recompensa y volvió a su coche inmediatamente.

Dada la hora, las actividades de la sala de fiestas y el casino, separados el edificio del conjunto de casas que componían el motel propiamente dicho por un gran espacio de césped y un alto y espeso seto, estaban paralizadas. Cuthman se dirigió directamente a la recepción del hotel.

—Deseo hablar con el gerente —manifestó. Sacó una tarjeta y se la dio al empleado—. Pásele esto, por favor.

—Al momento, señor.

Cuthman esperó cosa de un minuto. Luego salió un hombre de un despacho interior.

—Soy Brown, gerente —se presentó—. ¿En qué puedo servirle, señor Cuthman?

—Estoy buscando a Hilda Baltham. Creo que fue la directora artística de este conjunto...

Brown sonrió de un modo especial.

—Admitámoslo —dijo—. Trabajaba aquí, es lo más aproximado a la verdad.

El joven no quiso insistir sobre el tema. Era algo secundario.

—Está bien. ¿Puede decirme, al menos, dónde podría encontrarla? —preguntó.

—Lo siento. Se despidió de la noche a la mañana. No dejó ninguna dirección. Simplemente, pidió su liquidación y se fue.

Cuthman hizo un gesto de desagrado.

—¿Tiene usted mucho interés en encontrarla? —inquirió el gerente.

—Sí, señor Brown. Pero si no sabe adónde se marchó...

Brown pareció concentrarse durante unos segundos. De pronto, hizo un gesto con la mano.

—Voy a decirle algo, que quizá le resulte útil, señor Cuthman. Es una dirección de Los Ángeles. Ella telefoneaba allí con alguna frecuencia. Lo digo porque tuve que pararle los pies a este respecto, debido a las facturas que recibíamos por sus llamadas. Luego todo se arregló satisfactoriamente, como puede imaginarse.

—Sí, claro.

—Y él vino aquí en alguna ocasión. Era un hombre bastante guapo, atractivo, simpático. Incluso entablamos cierta amistad. Se llama Cray Carven y vive en el Bulevar La Brea, seis mil cuatrocientos quince.

Cuthman anotó aquella dirección y dio las gracias a Brown. Éste se sintió curioso.

—¿Puedo preguntarle por qué la busca, señor Cuthman?

—Ya ha leído mi tarjeta. Necesito que me facilite algunos datos, para una operación de auditoría de cuentas que me han encargado —mintió el joven sin el menor escrúpulo.

—Las palabras de poco sirven en una auditoría de cuentas —sonrió Brown—. Se necesitan datos escritos.

—Pero con indicaciones verbales, se pueden hallar esos datos escritos —replicó Cuthman vivamente.

—Eso sí es cierto. Le deseo mucha suerte, amigo.

—Gracias.

Cuthman dio media vuelta y se dispuso a salir, pero, bruscamente, giró en redondo y se encaró con el gerente.

—Señor Brown, ¿qué hacía exactamente Hilda en este lugar?

Brown sonrió de un modo extraño.

—Hay un casino —dijo—. Ella era uno de los mejores «ganchos» que hemos tenido nunca.

Cuthman sacudió la cabeza.

—¡Quién lo hubiera pensado! —murmuró.

## CAPÍTULO V

Carven estaba ausente de su casa, le informaron en la conserjería del edificio, y tardaría al menos ocho días en regresar. Era la única pista de que disponía y no sabía qué camino seguir, mientras no hablase con el sujeto. Por tanto, decidió dedicarse a su trabajo, que no podía dejar desatendido mucho tiempo.

Además, tuvo que ir al juzgado en que se seguía el procedimiento legal para conseguir la propiedad de los bienes de su hermano. Como él mismo era abogado, pudo solucionar por sí mismo los problemas que surgieron, sin excesivas dificultades. El juez le anunció que tardaría todavía algún tiempo en dictar la sentencia. Era preciso aguardar a otros posibles herederos; una esposa, por ejemplo. Cuthman conocía bien la ley para no saber los pasos que era necesario dar y no hizo la menor objeción, aunque el juez le autorizó para tener en usufructo la casa y otros bienes muebles que pudieran haber pertenecido a su hermano.

Habían transcurrido ya cuatro días desde su vuelta de Ventura y aún faltaban otros tantos para el regreso de Carven. De pronto, recordó algo que había permanecido hasta entonces en el fondo de su memoria.

Estaba buscando pistas... y no había registrado la casa de su hermano, se dijo, conteniendo a duras penas las ganas que sentía de darse un buen cachete en la cara. Inmediatamente, encaminó el coche en aquella dirección. Cuando llegó, un juramento brotó instantáneamente de sus labios.

El coche rojo estaba parado junto a la acera. Cuthman desmontó y caminó rápidamente a lo largo del sendero. Pero, de pronto, rectificó y se dispuso a entrar por la parte posterior.

Dio la vuelta a la casa y abrió al puerta acristalada de la cocina. Luego, paso a paso, cruzó la pieza y abrió la otra puerta. No se percibía el menor sonido.

Avanzó otro paso. Entonces, le pareció que el mundo se le caía encima.

Algo explotó fragorosamente dentro de su cráneo. Cientos de fogonazos surgieron ante sus pupilas. Pero se apagaron muy rápidamente. Enseguida sobrevino la inconsciencia.

Cuando despertó, casi arrastrándose, se encaminó al baño, en donde el agua fría despejó por completo las brumas que aún envolvían su cerebro. Estuvo un buen rato, con la cabeza bajo el agua que caía de la ducha de teléfono, hasta que sintió el primer escalofrío.

Entonces, cerró el grifo y se secó. Con las yemas de los dedos de la mano derecha, se tocó el sitio donde había una más que regular hinchazón y lanzó un gemido. «¡Condenada Madge!», pensó, sin poderlo remediar.

Luego recordó que la casa estaba totalmente equipada. En alguna parte habría licor y estaba necesitando un par de buenos tragos. Ya completamente seco, se encaminó hacia la sala.

Llegó a la puerta y se detuvo bruscamente, mientras sus ojos despedían fulgores de cólera.

—¡Usted! —gritó.

Madge estaba junto a un escritorio, dándole la espalda, y se volvió en el acto.

—Kid —dijo.

Cuthman avanzó hacia ella, la agarró por un brazo y la separó del escritorio sin ninguna ceremonia.

—¡Deje eso, maldita sea! —vociferó—. ¿Cuándo demonios va a aprender que esta casa no es suya?

Madge le lanzó una mirada no menos furiosa.

—¿Está seguro de que no es mía? —preguntó—. Legalmente, no, claro, pero ¿con qué dinero la compró su hermano?

—¿A quien robó su padre ese dinero?

Madge alzó la mano y le abofeteó.

—Miserable...

—Basta —cortó Cuthman, al borde del estallido—. Es la segunda vez que la encuentro en una propiedad ajena. En estos momentos, la forma en que fue adquirida esta casa no tiene importancia alguna. Mientras el juez no decida lo contrario, es mía, ¿lo ha entendido de una vez? Yo lamento infinito lo que le sucedió a su padre, pero esto

no altera el actual *status quo*. La casa es mía y no quiero verla a usted más por aquí.

—Me iré, descuide —dijo ella con los labios muy prietos.

—¡Y no se le ocurra arrearme otro estacazo la próxima vez que nos veamos! —gritó Cuthman, cuando ya la muchacha se encaminaba hacia la salida.

Madge se volvió rápidamente.

—¿Qué tonterías está diciendo?

Cuthman se acercó a ella, caminando de costado, con la cabeza inclinada y el índice apoyado en el chichón.

—Mire, vea, toque —invitó—. No estoy diciendo tonterías. —Consultó su reloj—. Llegué aquí hace cosa de una media hora y entré por detrás, para sorprenderla a usted. Entonces, me esperó, agazapada tras la puerta, y me atizó con...

Madge tenía la boca completamente abierta.

—Pero ¿qué sandeces está diciendo? —contestó furiosamente. ¿De dónde saca que yo le he golpeado?

—Su coche estaba parado delante de la casa. Lo vi muy bien...

—Le dije una vez que no era el único coche rojo de Los Ángeles.

Cuthman lanzó una mirada oblicua a la joven.

—Podrá creermelo o no, pero no hace siquiera diez minutos que estoy en la casa —añadió la muchacha—. Ni me imaginaba siquiera que usted estuviese también aquí.

Sobrevino un momento de silencio, Madge podía ser sincera, especuló el joven. Pero había algo que le interesaba saber.

—¿Qué diablos hace usted aquí? —preguntó—. Exactamente, ¿qué está buscando?

Madge no contestó. Cuthman creyó adivinar la verdad.

—Trata de encontrar pistas que le permitan dar con alguno de los tres ases restantes —dijo.

Ella sonrió imperceptiblemente.

—Le felicito por sus dotes de vidente —contestó.

—Bien, de acuerdo, busca a los otros ases. ¿Qué hará cuando los encuentre? ¿Matarlos también?

—¿No cree que se merecen la muerte?

—Son puntos de vista, Madge. Habría que preguntarse si no se suicidó también alguna de las víctimas de su padre.

Madge enrojeció vivamente.

—Será mejor que me marche —contestó con sequedad—. A menos que prefiera denunciarme a la policía.

—Oh, ¿de qué serviría? Conklin correría a sacarla con una fianza. Ande, váyase y no ponga los pies más aquí.

—Adiós —fue todo lo que dijo la muchacha.

Cuthman sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios. Desde la ventana, vio a Madge subir a su automóvil y arrancar en el acto. Una mujer enigmática, pensó. Muy hermosa... pero era la amante de Conklin.

Hizo una mueca. Lo mejor era olvidarla. Buscó el *whisky* y se sirvió una buena copa, que le hizo ver las cosas con algo más de optimismo.

La mujer era joven, aunque ya había cumplido los treinta años. Tenía el cabello de color rojo oscuro y sus pupilas tenían un encantador tono verdoso. Aun sentada, se adivinaba que era alta y en cuanto a otros atractivos, eran fáciles de adivinar, sobre todo, por el espacioso escote de su ajustado vestido oscuro. Una vez le miró y Cuthman creyó apreciar en sus rojos labios la sombra de una sonrisa.

Al cabo de un rato, cuando ya terminaba de cenar, vio a Collins y le hizo una seña disimulada. El dueño del restaurante acudió en el acto.

—Dime, Kid.

—Jeff, ¿quién es esa prójima tan apetitosa?

Collins lanzó una risita.

—Está buena, ¿eh?

—Fenomenal. ¿La conoces?

—Es la primera vez que viene aquí. Pero me da la sensación de que anda buscando... jaleo. ¿Por qué no procuras complacerla? Esas cosas se te dan a ti muy bien, Kid.

Collins se marchó. El joven vio que la desconocida colocaba un cigarrillo en la boca y que hurgaba en su bolso, para buscar el encendedor. La búsqueda parecía infructuosa, por lo que, galante, se levantó, anduvo media docena de pasos y le ofreció la llama de su mechero.

—Gracias —dijo ella, después de la primera bocanada de humo—. Es usted muy amable.

—Con una mujer hermosa, resulta fácil ser amable —sonrió Cuthman—. ¿Espera a alguien?

Ella sonrió de un modo muy especial.

—Puede —contestó.

—Si me esperase a mí, no la defraudaría en absoluto.

—Estoy segura de ello, señor...

—Cuthman, pero puede llamarme Kid.

—Yo soy Ilse Bruard —se presentó la mujer—. Encantada, Kid.

—Ilse, ¿le importa que me siente?

Ella movió una mano.

—A su gusto —accedió.

—Me permitirá invitarla a una copa —sugirió él.

—No tengo inconveniente.

Cuthman hizo un gesto y Collins le envió un camarero. Ilse abrió mucho los ojos.

—¡Champaña! —exclamó.

El camarero destapó la botella y llenó las copas. Luego se retiró discretamente.

—Señor Cuthman, ¿qué pretende usted al invitarme a champaña? —preguntó Ilse, después de tomar un sorbo.

—Primero, llámeme Kid. Después, piense que la estoy sobornando.

—¿Me soborna? ¿Para qué?

Cuthman fijó la vista en el muy atractivo escote de la mujer.

—El hombre a quién esperaba no ha llegado —dijo.

Ilse entornó los ojos.

—¿Quién sabe? —murmuró.

—El champaña está muy bueno, Ilse —dijo Cuthman—. Pero podría saber mejor en otro sitio.

—¿Dónde?

—Tengo una casa bastante agradable. Quizá le gustaría conocerla.

—Sí, seguro.

Cuthman terminó su copa de champaña y se puso en pie.

—Cuando gustes —invitó.

Al salir, Collins le guiñó un ojo. El joven entendió bien pronto el significado de la señal. «Que la disfrutes», quería decirle el dueño del restaurante.

Encendió un cigarrillo y lo puso en los labios de la mujer. Ilse yacía en la cama, a su lado, terriblemente atractiva en su absoluta desnudez. Era, ciertamente, una mujer muy hermosa.

—No te había visto nunca en el restaurante de Collins —dijo el joven, después de encender su cigarrillo.

—Pasé por casualidad —respondió Ilse—. Era ya un poco tarde, vi las luces de neón de la muestra y entré a llenar el buche.

Cuthman paseó el índice por el desnudo estómago de la mujer.

—Un buche muy atractivo, todo hay que decirlo —rió.

—No está mal a mis años —contestó ella, complacida.

—Cualquiera diría que te consideras una venerable ancianita. — Sin saber por qué, Cuthman recordó a la vieja curiosa que había asistido al entierro de Baltham.

—Hombre, ya tengo mis añitos... Me gusta ser sincera, Kid; los treinta ya no los cumplo.

El joven se inclinó y rozó con los labios uno de los rosados vértices que tanto atractivo tenían.

—La edad no cuenta, cuando se nota uno joven por dentro —murmuró.

Ilse se estremeció y puso su mano en la cabeza de Cuthman, para hacer que su boca se aplastara contra el seno.

—En este aspecto, yo me siento muy joven, muy joven... una verdadera chiquilla... —dijo ardientemente.

Del pezón, Cuthman pasó a la boca de Ilse. Ella la mantuvo cerrada unos instantes, pero no era más que una provocación. La lengua del hombre forzó bien pronto la entrada y chocó con la de la mujer.

Las respiraciones se aceleraron. Las manos recorrían mutuamente los cuerpos desnudos. Ya no hablaban, sólo gemían y se agitaban, envueltos en una quemante ola de voluptuosidad. Ilse, sabía y experta, prolongó el encuentro increíblemente, hasta que los dos, derrotados, se dejaron llevar por la explosión final y quedaron quietos, inmóviles, todavía estrechamente unidos durante un buen rato.

Luego, casi de repente, Ilse se levantó y corrió al baño. Cuthman encendió un cigarrillo, tumbado placenteramente boca arriba.

Pasaron unos minutos. Ilse reapareció y empezó a vestirse.

—Tengo que marcharme —dijo.

- Te acompañaré...
- No te molestes.
- Es muy tarde —advirtió él.
- Tengo mi coche —le recordó Ilse.

Era cierto. Al salir del restaurante, habían ido a la casa de Cuthman, cada uno en su automóvil y él primero, para enseñarle el camino.

- Como quieras.
- Cuthman abandonó el lecho y se puso una bata.
- ¿Vives aquí? —preguntó.
- Sí.
- Déjame tu dirección, por favor.
- Cuarta, ochocientos quince,

3-B.

Ilse estaba abrochándose el sostén.

- ¿Piensas visitarme? —inquirió.

—A menos que aparezca el hombre al que esperabas —sonrió él.

—El hombre a quién esperaba ya apareció —dijo Ilse maliciosamente—. Por cierto, te llamas Cuthman.

- Sí.

—Leí el otro día en los periódicos la noticia de la muerte de un hombre que se apellidaba como tú.

- Era mi hermano.

Con el vestido todavía en las manos, Ilse le dirigió una mirada de simpatía.

- Lo siento, Kid.

- Gracias, hermosa.

Ilse se pasó el vestido por encima de la cabeza y luego ajustó la falda con hábil movimiento. De pronto, se llevó las manos al pelo.

- Oh, qué tonta... Por poco se me cae la peluca —rió.

- ¿Llevas peluca? Está muy bien hecha —se asombró el joven.

Ilse le besó cálidamente en la boca.

- Tengo pelo de rata y soy alérgica a los tintes —explicó.

Cuthman se quedó solo. Una mujer encantadora, pensó. Sería cosa de renovar los encuentros, se dijo mientras contenía un bostezo.

Luego se quitó la bata y se metió en la cama. Apagó la luz y, a los pocos momentos, dormía como un tronco.

## CAPÍTULO VI

De repente, despertó sobresaltado.

Miró hacia la ventana, a través de un ojo solamente. Hacía ya mucho rato que se había levantado el sol.

Algo acababa de estallar en su mente, como un fogonazo de la cámara de un fotógrafo. Pero ¿estaba dormido o simplemente traspuesto cuando la idea acudió a su mente?

Antes de que pudiera solucionar aquel pequeño enigma, sonó el teléfono.

Alargó la mano y se sentó en la cama.

—Cuthman —dijo.

—Hola —sonó una voz, cristalina—. ¿Qué tal la velada?

—¿Cómo?

—No se haga el tonto, obsceno individuo. Demasiado sabe a qué me refiero.

—Le aseguro que no entiendo nada, Madge...

—¿Tendré que explicarle algo que sabe usted mejor que yo? ¿De dónde sacó a esa prójima que fue con usted a su casa?

Cuthman guardó silencio unos instantes.

—Kid, le estoy hablando —exclamó Madge.

—Lo sé —respondió él—. No le he colgado el teléfono, aunque se lo merecía. De modo que ahora se dedica a espiarme, ¿eh?

—Me lo dijo un pajarito...

—Seguramente era un cuervo.

—Puede ser. Algunos cuervos aprenden a hablar.

—Y algunas mujeres no aprenden nunca a ser prudentes.

—¿Le molesta que le siguiera?

—Me da cien patadas. ¿Qué se propone usted, Madge?

—Creí que sabría adivinarlo, tipo listo.

—Si es eso lo que pretende, me imagino que llega tarde. No creo que llegue a recobrar lo que le robaron a su padre.

—Al menos, debo intentarlo, ¿no le parece?

—Haga lo que quiera, a mí me es indiferente. ¡Pero no vuelva a seguirme!

Madge se echó a reír.

—¿Le molesta que sepa que anoche estuvo con una fulana?

—Madge, ¿le gustaría saber por qué lo hice?

—Pues... si no es molestia...

—No, no lo es. Verá, me llevé la fulana a la cama, porque no podía hacerlo con usted. Si no le gusta que me acueste con otras mujeres, venga a mi casa y métase en mi cama. Conmigo, naturalmente.

Madge se indignó.

—Oh... Es usted un... un...

—Perdón, no quise ofenderla. Olvidé que sólo se mete en la cama con Conklin. ¿Es «resistente»?

Sonó un «clic». Cuthman se echó a reír, Madge, furiosa, había colgado de golpe.

Luego se puso serio y recordó la idea concebida, todavía no sabía si en sueños o durante la duermela que había precedido al despertar.

En todo caso, no tenía importancia. Lo realmente importante era que había hallado, al fin, una pista que creía perdida.

Encontró un sitio en el estacionamiento que había frente al edificio, una construcción de excelente apariencia, destinada a apartamentos de alquiler. Delante de la fachada había un extenso trozo ajardinado, con un surtidor en el centro. Varios grandes abetos completaban la agradable decoración exterior.

En uno de los ángulos del jardín había una fuente pública. Cuthman vio a un hombre inclinado sobre el chorrito de agua. Cuando se incorporó, secándose los labios con un pañuelo, vio al joven y sonrió.

—¿Cómo se encuentra, muchacho? —dijo afablemente.

Cuthman aceptó la mano que le tendían.

—Me alegro de verle, señor Conklin.

—Yo también, Kid. ¿Ha conseguido algo?

—No, señor. Hablé con Baltham, pero lo asesinaron...

—Leí los periódicos. Era un hombre encantador. He sentido mucho su muerte. Aunque hacía tiempo que no teníamos tratos,

fuimos muy amigos en tiempos.

—¿A qué se dedicaba Baltham?

Conklin emitió una de sus características sonrisas.

—Kid, no haga nunca preguntas capciosas —le recordó.

—Mi hermano fue asesinado... —Se encrespó el joven.

—Lo sé, pero el pobre Rory ésta ya muerto. Es indudable que lo mató el mismo que asesinó a su hermano. Concentre sus esfuerzos en el asesino y no en la vida pasada de Baltham.

—Eso podría resultarme útil, señor.

—Yo opino lo contrario, pero, en fin, no vamos a ponernos a discutir ahora. La vida pasada de Baltham podría interesar, en todo caso, a su hija.

—Es posible.

Conklin volvió a sonreír.

—He venido a visitar al administrador —declaró—. ¿Sabe?, el edificio es mío. Por supuesto, tengo un abogado... pero nunca está de más que el dueño vele por lo que es suyo. ¿Puedo servirle en alguna otra cosa?

—No, gracias, señor Conklin.

El sujeto se dispuso a marcharse, pero, de pronto, Cuthman le retuvo con un ademán.

—Perdón, sí, olvidaba una cosa —dijo.

—¿De qué se trata, Kid?

—¿Qué es Madge para usted?

Conklin le miró fijamente. Sonreía.

—Otra pregunta tonta, muchacho —dijo al cabo—. ¡Adiós!

Cuthman crispó las manos. La respuesta de Conklin era fácilmente inteligible.

Pero, de pronto, se encogió de hombros y siguió su camino. ¿Qué le importaba lo que pudiera ser Madge?

Llamó a la puerta del 3B y esperó unos momentos. Ilse, pensó, debía de estar durmiendo.

Aunque lo cierto era que no debía llamarla Ilse, ni su apellido era Bruard, sino Baltham. La edad y la peluca pelirroja le habían hecho conocer su verdadera identidad.

Se preguntó por los motivos de Hilda al no declarar su personalidad. ¿Acaso quería conocerle mejor, antes de identificarse?

Hilda, convenía recordarlo, había formado parte de una

inaprehensible banda de ladrones, que había actuado con un éxito total, disolviéndose años antes y sin que ninguno de sus miembros hubiera sido atrapado por la policía, ni mucho menos identificado. Había conocido a su hermano y éste le habría hablado de él. Hilda debía saber, por tanto, que no se prestaría a ningún asunto sucio y, por lo mismo, quería mostrarse con mucha prudencia, antes de definirse tal como era en la realidad.

—Enfrascado en sus pensamientos, no se dio cuenta de que pasaba el tiempo y no recibía ninguna llamada. Volvió a insistir y la puerta siguió cerrada.

—Puede que esté en el baño y no me oiga —masculló.

De pronto, agarró el pomo y lo sacudió. La puerta se abrió sin dificultad.

—¡Hilda! —llamó.

El silencio era absoluto. Cuthman avanzó dentro de la casa. De pronto, vio algo oculto a medias bajo los almohadones del diván.

Levantó el cojín. Había allí una peluca blanca, un vestido negro, con encajes blancos, y un bastón con puño de marfil.

—De modo que la anciana curiosa —murmuró.

Sí, Hilda había estado en el cementerio, para asistir al entierro de su padre, pero hábilmente disfrazada, de modo que nadie pudiera reconocerla.

Se comprendía su habilidad en el disfraz. Bastaba pensar para ello en los robos en que había tomado parte. También disfrazaba entonces su verdadera apariencia.

Dejó caer el almohadón y volvió a gritar:

—¡Hilda, soy Kid!

De repente, se sintió muy aprensivo. Aquel silencio no era natural. No se percibía ruido de grifos abiertos en el baño. A menos que Hilda tomase sedantes para dormir y no pudiera despertarse todavía...

Se asomo al dormitorio. La cama estaba deshecha, pero vacía.

La puerta del baño quedaba a la derecha y la abrió. Entonces, encontró a Hilda.

Y así supo los motivos de su silencio.

Estaba en la bañera y su hermoso rostro aparecía desfigurado por la sangre que había brotado del agujero que un proyectil había abierto en el centro de su frente. Uno de los brazos pendía fuera de

la bañera.

Luego, algo llamó su atención.

Era un naípe, sujeto al espejo del lavabo por un trozo de papel adhesivo transparente. En aquella carta había dos ases, el de picas y el de diamantes.

Faltaban, por tanto, el de trébol y el de corazones.

Su hermano había sido el as de trébol. Hilda era el de corazones.

¿Quiénes eran los dos restantes?

Al cabo de unos momentos, dio media vuelta y fue a la sala. Levantó el teléfono y, tras contactar con la central de la policía, pidió comunicación urgente con el teniente Holler.

Holler contestó enseguida:

—Hable, Kid.

—Pat, véngase a la calle Cuarta, ochocientos quince, 3B. He encontrado el as de corazones —hizo una pausa y añadió—: Muerto de un tiro en medio de la frente.

—Los cuatro ases se han reducido solamente a dos.

Cuthman estaba sirviéndose un *whisky* y volvió la cabeza al oír aquella frase. Apoyada en la jamba de la puerta, Madge le miraba sin sonreír, aunque tampoco aparecía en su rostro ninguna señal de aflicción.

—Es cierto —admitió él—. ¿Quieres tomar algo?

—Ponme un trago, gracias.

Madge se despegó de la puerta y avanzó hacia el joven.

—¿Cómo supiste que la fulana era Hilda Baltham, uno de los ases de la banda?

—Por la edad y por el pelo.

—¿Cómo?

—Cuando la banda se disolvió, Hilda tenía unos treinta años y una hermosa cabellera negra. Usaba peluca, por alergia al tinte, dijo. Puede que fuese verdad, puede que no quisiera teñir su pelo, del que, imagino, se sentía muy orgullosa.

—¿Se quitó la peluca cuando...?

—No. Al vestirse, su traje, un poco ajustado, desplazó ligeramente la peluca de color rojo oscuro. Entonces, vi un poco el auténtico cabello negro, pero no le concedí ninguna importancia.

—¿Cómo supiste que era uno de los cuatro ases?

—Fue... algo intuitivo. Una especie de presentimiento, vamos. Pero no se me ocurrió pensar en ello, sino después de haberme despertado. O tal vez tuve la idea en sueños. De todos modos, ya da igual. Ella está muerta. —Cuthman vació su vaso de un trago—. Era una mujer encantadora.

—No estuviste mucho tiempo con ella, para emitir un juicio semejante.

—Hay cosas que se adivinan muy pronto, Madge.

—Era una ladrona —dijo ella rencorosamente.

—Y no sientes su muerte.

Madge vaciló.

Cerró los ojos un instante.

—Mi padre murió...

—Desear el mal de otros, por el que nos hacen a nosotros, no es cristiano, Madge.

—Kid, tú no sabes qué es oír un tiro, correr al despacho, abrir la puerta y encontrarse con el padre caído en el suelo, con la cabeza deshecha por la bala —dijo ella rabiosamente—. Si te hubiera pasado una cosa así, seguramente pensarías de otra forma.

—Seguramente —admitió el joven—. Pero, andando el tiempo, también pensaría en las víctimas de mi padre, aunque ninguna de ellas se hubiera suicidado. A tu padre le vaciaron la caja, pero ¿cuántas cajas no vació él antes, aunque sea dicho metafóricamente?

Madge se estremeció.

—¿De veras piensas que mi padre era...?

—Stewart me confesó que sólo habían robado a personas cuyas actividades no eran demasiado legales. Puede que tratase de justificar sus acciones, pero, por otra parte, es preciso convenir que algo de razón tenía, no en el robo, sino en sus afirmaciones. Las personas adineradas suelen tener su capital y sus joyas en el Banco, y no en casa. Al menos, me refiero a grandes sumas, cien o doscientos mil dólares, como en el caso de tu padre.

—Puede que tengas algo de razón, en efecto —convino ella pensativamente.

De pronto, se puso a pasear.

—Kid —exclamó—, se me ha ocurrido una idea... Quizá no resulte, tal vez se trate solamente de especulaciones sin sentido...

pero, en cierto modo, estamos embarcados en el mismo bote.

—Sí, lo parece —admitió Cuthman.

—Tú buscas al asesino de tu hermano y yo trato de recobrar el dinero robado a mi padre o, por lo menos, una parte. Convendría, creo yo, empezar pensando en lo que significa cada uno de los ases, en relación con las características personales de los componentes de la banda. Por ejemplo, sabemos que tu hermano tenía asignado el trébol y que a Hilda le correspondía el palo de corazones. ¿Tiene esto algún significado específico?

—Pues...

El joven no pudo dar su respuesta, porque en aquel momento, sonó el teléfono.

—Perdona, Madge —murmuró. Levantó el aparato—. Cuthman —dijo.

Una voz que le resultó desconocida, sonó al otro extremo de la línea:

—Escuche, Cuthman. Si quiere saber quién es el asesino de su hermano, acuda a Hillside Park, en el lado Sur, a las once en punto de la noche. Eso es todo.

El misterioso comunicante colgó el teléfono. Cuthman hizo lo propio, después de unos segundos de indecisión.

—Tengo que salir, Madge —se disculpó.

—¿Es urgente?

—Sí. Lo siento. Seguiremos la conversación en otro momento.

—Muy bien, como quieras.

Madge recogió su bolso.

—Piensa en lo que te he dicho acerca del significado de cada as —se despidió.

—Lo tendré en cuenta —prometió el joven.

## CAPÍTULO VII

Una ligera brisa agitaba las hojas de los árboles y producía susurros fantasmales. La oscuridad era casi completa en aquel sector del parque. Sólo a lo lejos se divisaban algunas farolas, cuyo resplandor llegaba muy amortiguado, a través del ramaje de árboles y arbustos.

Cuthman trató de especular consigo mismo, acerca de la posible identidad del autor de la llamada. Debía de ser alguien, supuso, que conocía bien a los cuatro ases, lo mismo que el asesino. Pero, sin duda, tenía miedo a ser descubierto si iba a su casa o se ponía en contacto con él de una forma más directa. Como fuese, el confidente había elegido aquel lugar para comunicarle un dato de singular interés: el nombre del asesino.

Nervioso, empezó a pasear por el césped, junto al sendero que, en la oscuridad, aparecía de un tono algo más claro. Ya tenía las pupilas habituadas a las tinieblas y no veía, por el momento, el menor rastro de otra persona en aquel lugar.

Consultó la hora en las cifras luminosas de su reloj de pulsera. Pasaban diez minutos de las once. Frunció el ceño, empezando a pensar en lo peor. ¿Le habían hecho ir allí para hacerle salir de la casa? ¿Qué podían encontrar en su residencia, si no eran algunos documentos relacionados con su profesión y que no tenían importancia salvo para los interesados, absolutamente ajenos al caso?

Unos minutos después, sacó un cigarrillo y se lo puso en los labios.

—En cuanto lo haya fumado, me iré, si ese tipo no ha aparecido —se propuso.

Sacó el encendedor y acercó la llama al pitillo. De pronto, notó un soplo de viento y vio que al cigarrillo le faltaba la mitad.

Inmediatamente, oyó un golpe sordo a su derecha. En una

fracción de segundo comprendió lo ocurrido y dobló las rodillas, justo a tiempo de evitar el segundó proyectil que, como el anterior, se clavó en la misma palmera.

De la posición de rodillas, pasó a tumbado, y giró rápidamente sobre sí mismo, tratando de buscar un lugar aún más seguro. Pero ya no se hicieron más disparos.

A los pocos segundos, oyó el rugido, de un coche que se alejaba a toda velocidad. Sin prisas, se puso en pie, limpiándose maquinalmente la ropa con las manos. Súbitamente, sintió un escalofrío de terror.

La primera bala se le había llevado medio cigarrillo. Había estado a punto de morir.

Las intenciones del asesino estaban bien claras. Haciéndose pasar por un confidente, le había hecho acudir al parque, para quitarle de en medio. Lo tendría presente para la próxima ocasión, se dijo. No volvería a caer más en una trampa tan burda.

—¿Por qué me ha hecho venir aquí? —preguntó el teniente Holler de no muy buen humor, a la mañana siguiente.

Cuthman le señaló la palmera, en la que trabajaban dos agentes de uniforme.

—Hablé con el sargento Brent, y me pidió que viniese al parque para guiarle —contestó—. Supongo que Brent le llamó a usted, eso es todo.

—Bien, anoche le dispararon dos tiros. Eso podía habérmelo dicho en mi despacho, ¿no?

—Es usted el que ha venido aquí por su propia voluntad, cuando Brent le informó de lo que sucedía, Pat —contraatacó el joven.

Holler se puso las manos en los costados.

—¡Sargento, aquí hay una bala! —gritó en aquel momento uno de los policías.

—Sigan buscando la otra —ordenó Brent.

Cuthman sonrió, a la vez que ofrecía tabaco al oficial.

—Pat, envíe esos proyectiles a balística. Apostaría doble contra sencillo, a que salieron de la misma pistola empleada para matar a mi hermano y a Hilda Baltham.

Holler entornó los ojos.

—Pudiera ser —murmuró.

—El microscopio lo dirá —aseguró Cuthman—. Pero puede ser

un dato importante, ¿no cree?

—Más interesante sería encontrar al asesino —gruñó Holler—. Kid, ¿no le dijo nada Hilda Baltham?

—No. Si se refiere a algún dato de importancia, nada en absoluto. Sólo hablamos de temas vulgares, aparte de otras que se puede imaginar. Únicamente, cuando ella iba a marcharse ya de mi casa, mencionó a mi hermano. Dijo que si yo era hermano de la víctima, le contesté afirmativamente, declaró haber leído el caso en los periódicos, y eso fue todo. ¡Ojalá me hubiera dicho algo! —se lamentó el joven—. Tengo la impresión de que quería hacerlo, pero el asesino no le dio tiempo.

—¿Por qué tiene esa impresión, Kid?

—Ella asistió, disfrazada, al entierro de su padre. Luego apareció noches más tarde, en el restaurante al que acudo casi a diario, comportándose como una mujer con ganas de aventura o, si lo prefiere, como una puta vulgar, aunque con aspecto de cobrar «pasta» en abundancia.

—Siga —sonrió Holler.

—Bueno, cuando veo una mujer guapa y presiento que ella tiene ganas de juerga, procuro entrar en el juego. Nos fuimos a la cama y por eso creo que quería estudiarme.

—¿Para qué?

—Tal vez para decirme algo importante... No sé; ella no podía confiar en mí de buenas a primeras. Tuvo que conocer a mi hermano y sin duda sabía que yo no era como Stewart. Y puesto que ella había sido una ladrona, tenía que andarse con pies de plomo. No me haga mucho caso de todas formas, Pat; sólo son suposiciones que, por desgracia, no puedo confirmar.

—En cualquier caso, ha hecho bien en decírmelo. Todos los datos, aun el más insignificante, tienen su valor en un caso de asesinato y más cuando las víctimas van son tres. Gracias, Kid.

—¡Sargento, ya está la segunda bala! —exclamó un policía en aquel instante.

Cuthman palmeó el hombro del teniente.

—Lo que sigue a partir de este momento es cosa suya, Pat —se despidió.

Abrió la puerta de la casa de su hermano y, desde el umbral, estudió el interior durante unos instantes. ¿Por qué había hecho su

hermano tan costosa adquisición?, se preguntó. Todo parecía indicar que Stewart llevaba ya algún tiempo en Los Ángeles. Era muy extraño que no le hubiese llamado antes, y lo peor de todo era que no encontraba ninguna explicación para algo que le parecía un enigma poco menos que indescifrable.

Ahora bien, aquella deducción también presentaba sus ventajas. Si Stewart se había instalado en la casa semanas antes, habría traído muchas cosas personales consigo. ¿Había, en alguna parte, una pista que pudiera llevarle a conocer la identidad del asesino?

Avanzó un par de pasos. De pronto, oyó unos nudillos en la puerta y se volvió.

Parpadeó un instante. La mujer que aparecía ante sus ojos le resultó completamente desconocida. Debía de tener unos treinta y dos años, y era bastante hermosa, de pelo castaño oscuro y expresión grave, que no excluía cierta dulzura en sus facciones.

—Usted es el hermano de Stewart —dijo la mujer.

—Sí, señora...

Ella avanzó un paso y le tendió la mano.

—Soy Tina Ralston —se presentó—. A estas horas, si tu hermano no hubiera sido asesinado, yo sería su esposa.

Cuthman dominó a duras penas un gesto de sorpresa.

—Usted...

—Sí. —Tina sonrió—. Ya sé que no le dijo nada; quería darte una sorpresa, diciéndotelo la víspera de la boda, es decir, el mismo día en que lo asesinaron.

Ella paseó la vista por el interior de la residencia.

—Iba a ser nuestra casa —dijo con acento afligido—. Yo misma intervine en la decoración... bueno en algunos detalles peculiares...

—Entonces, Stewart compró la casa...

—Hacía casi un mes. Yo no vivo en Los Ángeles; tengo mi residencia en Glendale, pero, a veces, venía aquí para ayudarle en la instalación de las cosas...

De pronto, Cuthman reparó en un detalle.

—Han pasado ya días desde que murió Stewart —dijo—. Usted ni siquiera asistió al entierro.

—Conocí la noticia por la radio —explicó Tina—. Sufrí un terrible choque y tuve que internarme unos cuantos días en el hospital. He tomado más sedante en una semana, que en todo el

resto de mi existencia, hasta que, al fin, he conseguido reponerme un poco. Llamé a tu casa y no me contestó nadie. Entonces, se me ocurrió que podrías estar aquí... y acerté.

Cuthman guardó silencio. Tina sonrió tristemente.

—Ya veo que no me crees —dijo—. Pero tengo algo que puede convencerte de la veracidad de mis palabras.

Abrió su bolso y sacó un documento plegado, que puso en manos del joven.

—La licencia de matrimonio, con indicación de la lecha de la ceremonia —añadió.

No cabía duda, era un documento absolutamente legítimo, pensó Cuthman, al devolverlo a su dueña. Pero todavía había cosas que debía aclarar.

—Ibas a casarte con él —dijo—. ¿Conocías su pasado?

Tina asintió.

—Me lo contó hace algunos meses —respondió—. Yo le dije que no me importaba lo que hubiera sido, sino lo que iba a ser en el futuro. Pero nunca se me ocurrió pensar en la posibilidad de un asesinato.

—Han muerto dos personas más, de ellas, una joven, que fue miembro de la banda —dijo Cuthman gravemente.

—Lo sé.

—¿Conoces los nombres de los dos que aún están vivos?

—No. Stewart no quiso decírmelo nunca, ni yo insistí. Me bastaba saber que era va un hombre honrado. Además, dijo que no había vuelto a tener tratos con sus antiguos compinches, una vez que se disolvió la banda, y eso, para mí, era suficiente.

—Comprendo —asintió Cuthman—. Tina, perdona que no te haya ofrecido nada de beber...

—Si no te importa, iré a la cocina y haré café.

—Oh, por favor —accedió él.

Tina echó a andar. Por encima del hombro, dijo:

—Kid, ¿tienes alguna idea de quién pudo ser el asesino?

—No, pero lo estoy buscando. Hasta ahora, sin resultado alguno. Eso quiere decir que no encuentro ninguna pista aceptable.

—Quizá yo pueda darte una —manifestó ella—. No es más que una suposición, pero creo que merecería la pena indagar en esa dirección.

—¿De qué se trata?

Antes de entrar en la cocina, Tina se volvió hacia el joven.

—Hace algún tiempo, alguien le llamó por teléfono. Yo estaba presente y escuché la conversación, aunque sin preocuparme demasiado en el primer momento.

Luego, sí, porque Stewart se enlació mucho con el otro tipo. Y casi enseguida, colgó el teléfono. Más tarde, me pidió disculpas y, exactamente, dijo: «Ha sido ese maldito Harvester Dannell. Cree todavía que estamos en los viejos tiempos y no es así». Por lo que sé, Dannell le compraba las piedras preciosas que le tocaban de su parte en el botín. Pero no sé quién es, ni dónde vive.

—Yo lo averiguaré —sonrió el joven—. Anda, haz el café.

—Sí, Kid.

Tina desapareció momentáneamente de su vista. La inesperada llegada de aquella hermosa mujer podía dar un cariz nuevo a los acontecimientos, pensó Cuthman.

Tina vino a los pocos momentos con una bandeja en las manos. Después de tomar el café, pareció entristecerse.

—Stewart pudo haber delinquido, pero ahora era todo un hombre —dijo, apesadumbrada.

—Eres joven. Acabarás por encontrar alguien que le quiera.

—Las cosas ya no serán nunca iguales, Kid.

Al cabo de unos minutos, ella lanzó un suspiro y se puso en pie. Con ojos húmedos, miró a su alrededor.

—Íbamos a ser aquí tan felices...

Se acercó al joven y le besó en una mejilla.

—Adiós, Kid.

—Adiós, Tina.

Cuthman salió a la puerta. Unos segundos más tarde, frunció el ceño, al ver un descapotable rojo punto a la acera. Tina estaba tras el volante y agitó la mano en señal de despedida. Luego desapareció de su vista.

Regresó al interior de la casa, lleno de perplejidad. ¿Lo que había dicho Tina, era cierto o se trataba solamente de una comedia muy bien ejecutada?

Aún no había llegado a una conclusión, cuando oyó una voz irónica en la entrada:

—Eres miel pura, Kid; las atraes como si fuesen moscas.

## CAPÍTULO VIII

Cuthman no contestó. Cargado con la bandeja, se encaminó a la cocina, a fin de limpiar las tazas. Madge le siguió en el acto.

—¿Te he molestado? —preguntó—. Era sólo una broma...

—Iba a casarse con mi hermano al día siguiente de su muerte. Si no le hubieran asesinado, claro.

Madge lanzó una exclamación de asombro.

—¿Es cierto, Kid?

—He visto la licencia de matrimonio. Todavía queda café. ¿Quieres un poco?

—Sí, gracias.

Cuthman buscó una taza limpia y la llenó.

—¿Azúcar? —consultó.

—Un terrón, por favor.

Madge tomó el café en silencio. Luego miró al joven.

—La presencia de esa cuñada que no llegó a serlo, explica esta casa, ¿no es cierto, Kid?

—En efecto, pensaban vivir aquí —contestó el joven.

—Debió de sufrir un golpe muy rudo.

—Tuvo que internarse una semana en el hospital y hacerse una cura a base de sedantes. Al menos, eso es lo que ella me ha dicho.

—Y tú no sabías nada...

—Si no supe nada de mi hermano durante cuatro años, ¿cómo quieres que supiera de sus proyectos matrimoniales?

—Tienes razón —admitió Madge—. ¿Te has fijado, sin embargo, en su coche rojo?

—Es del mismo color que el tuyo y también descapotable.

—Entonces, me consideras tan sospechosa como. ¿Cuál es su nombre, Kid?

—Tina Ralston. Madge, tendrás que dispensarme; he de marcharme ahora.

—Como anoche.

—Espero no llevarme otro susto —contestó él.

—¿A qué te refieres?

—Ayer me llamó un hombre y me citó en Hillside Park, para decirme el nombre del asesino. Lo que quería era quitarme de en medio. Me disparó dos tiros.

—¡Kid, no hablarás en serio!

—Esto no es cosa de broma, guapa —dijo Cuthman, a la vez que se encaminaba hacia la puerta.

Madge echó a correr.

—¿Me dejas ir contigo? —solicitó.

Cuthman se detuvo para mirarla penetrantemente.

—¿Cuál es tu juego, Madge?

—Ya lo sabes, Kid.

—Es un asunto peligroso.

Ella se encogió de hombros.

—Ya estoy metida en él y no puedo salirme —respondió.

—Como quieras.

—Si te parece, iremos en mi coche. Luego te traeré aquí, para que recojas el tuyo.

—Está bien.

Cuthman se acomodó en el asiento y apoyó la cabeza en el respaldo.

—Mi hermano tenía asignado el as de trébol —murmuró—. Era bastante aficionado a la jardinería y no sé si eso tendrá relación con su insignia.

—A Hilda le asignaron el as de corazones, lógico para una mujer —contestó la muchacha.

—Entonces, quedan el as de diamantes, los oros, y el de picas, las espadas.

—Pero faltan los nombres de los dos supervivientes.

—Quizá ahora sepa algo. Tina me dio una pista.

—¿Es buena?

—No tardaremos mucho en tener la respuesta. Para en la primera cabina telefónica que veas; quiero consultar la guía. Harvester Dannell debe de vivir en Los Ángeles, seguramente.

—¿Quién es el tal Dannell, Kid?

—Compraba a Stewart las piedras preciosas.

Madge asintió.

—Una buena pista, no cabe duda —convino.

Era gordo, calvo y sudaba copiosamente. Casi a cada momento, tenía que secarse la calva con un pañuelo. Harvester Dannell no parecía sentirse muy feliz con la visita de los dos jóvenes.

—Mire, Cuthman, éste es un negocio como otro cualquiera —dijo después de que su visitante hubiera expuesto los motivos que le habían llevado a aquella casa—. La discreción es la norma, ¿comprende?

—Yo no voy a delatarle a usted, ni iré con el cuento a la policía. Lo único que quiero es que me diga los nombres de los dos ases que aún quedan vivos.

—Pero, muchacho, por favor...

—Los delitos cometidos por la Banda de los Cuatro Ases no han prescrito todavía. ¿Quiere que vaya con el cuento a la policía?

Dannell soltó una maldición. Luego se disculpó ante la muchacha.

—Dispéñeme, señorita...

El teléfono sonó de pronto y Dannell lo levantó de la horquilla.

—Hola —dijo—. Sí, soy Dannell. ¿Cómo? Está bien, iré ahora mismo. Dentro de media hora me tienes ahí... No, no me des las gracias; es un placer.

Dannell dejó el teléfono en su sitio y se puso en pie.

—Tengo que salir; es un negocio urgente —declaró.

Cuthman le cerró el paso.

—Madge, llama a la policía —indicó.

—Sí, Kid —contestó la muchacha.

—¡Esperen, diablos! —gritó Dannell—. Oiga, Cuthman, yo sólo conocí a dos de los ases; su hermano y un tipo llamado Jack Fallon. Los otros dos, hacían negocio con un competidor, Brian Twillings. Ni su hermano ni Fallon me dijeron jamás los nombres de los otros dos ases.

—¿Y Twillings?

—Twillings sólo conocía a sus «clientes», como yo a los míos. Entre nosotros hay mucha competencia, pero también somos honestos...

—¡Ja, ja! —dijo Madge burlonamente—. A mi padre entre otras cosas, le robaron ciento cincuenta mil dólares en piedras. ¿Cuánto

pagó usted por ese botín?

Dannell se puso colorado hasta la calva.

—Secreto profesional, señorita —rezongó.

—Bueno, ciento cincuenta mil, entre cuatro, son treinta y siete mil quinientos cada uno —calculó Cuthman—. Puede que no les pagase más de veinte mil por cada parte... quizá menos todavía.

—Eso no se lo diré nunca —aseguró Dannell enérgicamente—. Ya he hablado bastante, así que, largo.

—Muy bien. ¿Vamos, Madge?

Salieron los tres al mismo tiempo. Dannell vivía en un distrito suburbial, de casas aisladas, con jardín. El coche estaba en el garaje que formaba parte del edificio. Cerró la puerta con llave y se encaminó hacia su izquierda, mientras los dos jóvenes seguían hacia la acera.

Madge se acomodó tras el volante. Con la mano en la llave del contacto, miró hacia el garaje, cuya puerta estaba ya levantada.

—Un tipo escurridizo —comentó—. ¿Será así Twillings?

—Seguro. Todos son de la misma pasta...

Cuthman no pudo seguir hablando. Un tremendo estampido cortó su frase a la mitad.

En el interior del garaje se vio brillar un gran fogonazo durante una fracción de segundo, seguido de una tremenda detonación. Luego hubo mucho humo. Después, llamas por todas partes y más todavía cuando el fuego alcanzó el tanque de combustible.

## CAPÍTULO IX

El camarero sirvió la cena. Madge declaró que no sentía mucho apetito. Cuthman la aconsejó que llenase el estómago, que de todas formas, ya no iba a pasarlo peor de lo que lo había pasado.

—Ese salvaje asesino... —murmuró la joven—. ¿Pretende acaso exterminar a toda la ciudad?

—Bueno, yo creo que es un poco más modesto —sonrió Cuthman—. Simplemente, trata de evitar que nadie se interponga en su camino.

—Sí, pero ¿por qué ha asesinado a Dannell?

—Nos dio el nombre de un as, ¿verdad?

Madge tenía el tenedor en la mano y lo dejó de pronto a un lado.

—Kid, lo mismo le puede pasar a Twillings. Conoce el nombre de los otros dos ases...

—De un as, puesto que Hilda ha muerto y Dannell no trató con ella. Pero no te preocupes; Twillings es un tipo precavido y se ha largado de la ciudad. Al menos, eso es lo que supongo que ha hecho.

—¿En qué te fundas para asegurarlo, Kid?

—Fui al teléfono de los lavabos, mientras tú estabas en el de señoras. Llamé a su casa, pero no me contestó nadie.

—Quizá no estaba en ese momento...

Cuthman hizo un gesto negativo con la cabeza.

—La explosión ha hecho demasiado ruido, y no solamente en sentido literal. La noticia se ha dado muy pronto por la radio, y si no la ha oído él, alguien de su confianza se lo habrá comunicado. Twillings es lo suficientemente listo para saber cuándo tiene que sumar dos y dos, y habrá levantado el campo durante una temporada, hasta que se enfríe el ambiente. ¿Lo comprendes?

—Sí —convino la muchacha—. Parece lógico. Pero así se nos

esfuma la posibilidad de encontrar a Jack Fallon, otro de los ases.

—Lo encontraremos —afirmó él.

—¿Cómo, Kid?

—Ya pensaré en algo, no te preocupes. Por otra parte, me imagino que Fallon habrá leído los periódicos; estos días, se muestran muy chillones respecto del caso. Por tanto, habrá tomado sus precauciones.

—Espero que le sirvan de algo —suspiró la muchacha. Hizo un esfuerzo y consiguió sonreír—. Todavía me duelen los tímpanos, por el estampido —añadió.

Cuthman hizo una mueca. Después de la explosión de la dinamita, conectada al arranque del vehículo, había corrido al garaje para ver si podía hacer algo. En el garaje había un extintor, pero no había servido ya de nada. Y el aspecto de Dannell no tenía nada de agradable.

Al menos, reconoció, habían conseguido saber el nombre de uno de los dos ases todavía vivos.

De pronto, apoyó los codos sobre la mesa y miró fijamente a la muchacha.

—Madge, ¿cuáles son tus relaciones con El Gordo?

Ella sonrió.

—¿Quieres saberlo?

—Me encantaría.

—Pues...

Alguien interrumpió inesperadamente a la joven.

—¿Les importa que me siente? —consultó el teniente Holler.

—Tiene usted cara de cansado, Pat —dijo Cuthman.

—Estoy reventado —gruñó el policía, resoplando con fuerza—. Esta maldita ciudad acabará un día conmigo.

Jeff Collins, el dueño del restaurante, se acercó solícito a la mesa.

—¿Desea algo, teniente?

—Un simple bocadillo de carne picada, vulgo hamburguesa, y un vaso de cerveza.

—Al momento. —Collins agitó una mano y un camarero acudió en el acto, al que transmitió la petición del policía—. He oído el suceso por la radio, teniente —añadió.

—La bomba lo ha destrozado —contestó Holler—. Claro está que

los tipos como Dannell tienen que acabar así. Tarde o temprano, alguien piensa que están de más en este mundo.

—Unos pensamientos muy perversos —sonrió el dueño del local—. Bien les dejo. Con su permiso.

El camarero trajo el bocadillo y Holler le arreó un feroz mordisco; Masticó unos instantes, tomó un trago de cerveza y apuntó a Cuthman con el índice.

—Tenemos que hablar —dijo con la boca llena.

—Cuando quiera, Pat.

—Pero a solas.

—Ella es de confianza. También tiene que ver con la Banda de los Cuatro Ases.

Holler se volvió hacia la muchacha.

—¿Sí? —Apenas se le entendió; parecía un gruñido.

—La banda robó a mi padre cosa de medio millón —contestó Madge sosegadamente—. Kid ha llegado a persuadirme de que aquella suma no tenía un origen enteramente lícito. Estoy dispuesta a admitirlo... pero mi padre se suicidó a consecuencia de ese asalto.

—Lo siento, señorita —dijo el policía.

—Ocurrió hace más de cuatro años, teniente.

—Y ahora, quiere encontrar...

—Cuando leí la noticia de la muerte del primer as, sentí curiosidad —declaró ella.

—Comprendo. —Holler se encaró de nuevo con el joven—. Kid, ustedes habían ido a ver a Dannell.

—Si —admitió Cuthman.

—¿Por qué? Deme la respuesta que deseo, no la que le dio al sargento Brent, en la cual no creo en absoluto. Ustedes no «pasaban» por allí cuando se produjo la explosión. Algunos testigos les vieron salir de casa de la víctima.

—¿Está pensando en que fui yo quien puso la dinamita en el coche?

Holler sacudió la cabeza con energía.

—Oh, Kid, vamos, vamos, no me tome por tonto. Tengo informes suyos y son excelentes. Pero no puede evitar ser hermano de uno de los ases, precisamente, el primer muerto de la lista.

Arreó otro furioso mordisco al bocadillo y siguió:

—Aun admitiendo que pasaran por allí, resultaría demasiado

sospechoso. Pero los tres sabemos que no es cierto. ¿Eh?

Cuthman asintió.

—Fuimos a visitar a Dannell —admitió.

—¿Por qué?

—Pat, los cuatro ases robaban algo más que billetes de Banco.

—Ya. —Holler entornó los ojos—. Diamantes y otras fruslerías, que vendían a Dannell.

—Exacto.

—Y le visitaron para...

—Puesto que era «perista», pensamos que podía conocer los nombres de más miembros de la banda.

—¿Acertaron?

Cuthman dudó un momento.

—Kid, ayúdeme —pidió Holler—. No trate de hacerse el héroe por su cuenta; nosotros tenemos muchos más medios. Si Dannell le dio algún nombre, dígalo sin reparos.

—Sólo uno —contestó el joven—. Jack Fallon.

Holler despachó la cerveza y se limpió los labios.

—Por tanto, ya tenemos a tres ases —dijo—. Dos muertos, y dos vivos. Falta el cuarto.

—No lo sé, Pat.

—¿Quién puede saberlo?

—Otro «perista», Twillings. Dannell y Twillings se repartían equitativamente la banda. Mi hermano y Fallon le vendían su botín a Dannell. Hilda y el número cuatro negociaban con Twillings. Es todo cuanto puedo decirle, se lo aseguro.

—Excepto una cosa —objetó el policía.

—¿Sí?

—¿Quién le indicó a Dannell?

—La prometida de mi hermano. La boda se hubiera celebrado al día siguiente de su muerte...

—Oh, no sabía...

—Yo tampoco, Pat.

Cuthman explicó al policía las circunstancias en que había conocido a Tina Ralston. Holler se dio por satisfecho.

—Buscaré a Jack Fallon, aunque sea debajo de las piedras —prometió, ya en pie para marcharse.

—Avísame en cuanto lo localice —pidió el joven.

—Descuide, Kid. Ah, se me olvidaba un detalle. Las balas que sacaron del tronco de la palmera de Hillside Park y las que se encontraron en los cuerpos de las víctimas, salieron de la misma pistola.

—Es una pista, ¿no?

—Más bien una prueba para el día en que podamos llevar al asesino ante el juez. Señorita Louis...

Cuthman y Madge quedaron nuevamente solos.

—¿Hiciste bien al darle el nombre de Fallon? —preguntó la muchacha.

—Tenía que hacerlo —contestó él.

—Holler dispone de más medios para encontrarlo.

—Es lo que pienso. ¿Has terminado ya?

Madge se puso en pie.

—Sí, vámonos.

Cuando salían, se cruzaron con El Gordo, quien entraba, acompañado de una espectacular rubia. Conklin sonrió maliciosamente al ver a los dos jóvenes, hizo un saludo con la cabeza y continuó su camino.

—¿Satisfecho? —preguntó Madge significativamente.

—Te vi en traje de baño en su casa —contestó él.

—Es una evidencia que no se puede negar. Pero no he hecho jamás lo que hará esa rubia después.

—Y, ¿qué hará esa rubia después?

—¿Eres tonto, Kid?

Cuthman se echó a reír.

—No, encanto. Pero algún día me explicarás qué hacías en casa de Conklin.

—Sí, algún día —repuso Madge en tono mesurado.

Dormía aún por la mañana, cuando sonó estridente el timbre del teléfono. Alargó la mano y descolgó el aparato.

—¿Cuthman? —preguntó alguien, antes de que él hubiera tenido tiempo de pronunciar una sola palabra.

—Sí. ¿Quién es?

—Escuche con atención. ¿Le interesa saber dónde puede encontrar a Jack Fallon?

Cuthman se espabiló instantáneamente y se sentó en la cama.

—¿Quién es usted? —preguntó.

—No se preocupe —contestó el anónimo comunicante—. Lo único que me interesa es saber si quiere encontrar a Fallon.

—Pues claro que sí...

—Yo puedo decirle dónde vive, Cuthman.

—Bueno, dígalo de una vez, hombre.

—Esta información le costará dinero, amigo.

Cuthman torció el gesto.

—Mire, yo soy un tipo que trabaja duramente para ganarse la vida. No he tenido jamás la menor relación con ladrones ni cosa que se le parezca remotamente.

Usted me llama porque sabe que soy hermano de un ladrón muerto, ¿no es así?

—Es la evidencia pura —rió el desconocido.

—Entonces, si piensa que yo tengo el botín, o al menos parte de lo conseguido por mi hermano, y cree que diciéndome el paradero de Fallon, va a sacar una buena tajada, está muy equivocado. Hay un hecho que ya no se puede remediar, por mucho que se haga, y es que mi hermano está muerto. Yo puedo pensar que los otros ases me importan un rábano, ¿comprende?

—Vaya, no me esperaba una cosa así —dijo el sujeto.

—Piense como guste. Ya le he hecho conocer mi modo de pensar, así que si quiere, deme la dirección de Fallon. Y si no, se la calla, y todos tan contentos, ¿eh?

—¡Caramba, señor Cuthman, yo pensaba que usted podría darme muy bien quinientos pavos!

—Cien —dijo el joven rápidamente.

—Cuatrocientos.

—Doscientos cincuenta y no se hable más. Es mi última oferta, y todavía no sé por qué lo hago.

—Se lo diré claramente, porque quiere encontrar al asesino de su hermano.

—¿Lo conoce Fallon?

—Muy probablemente, ¿no le parece?

—A mí no me parece nada. Es usted el que se lo está diciendo todo.

—Señor Cuthman, qué duro de pelar es usted —se quejó el desconocido—. Está bien. Vaya al Red Duck, en la Séptima, cerca del cruce con Avery, y deje al barman un sobre con la pasta. El

barman se llama Flick y tendrá un sobre para usted, con la dirección de Fallon. ¿Lo ha entendido bien?

—Perfectamente, salvo un detalle.

—¿Cuál, señor Cuthman?

—Sólo daré el dinero en el Red Duck, cuando haya hablado con Fallon. Yo cumpliré mi compromiso, pero ¿puedo decir lo mismo de usted?

—Soy honrado...

Cuthman recordó a Madge en cierta ocasión.

—¡Ja, ja! Como estoy en la cama, no me he hecho daño al caerme hacia atrás, por la risa.

El sujeto emitió un bufido.

—Está bien —cedió finalmente—. Trato hecho, señor Cuthman.

—Muy bien, hable.

Unos segundos después, Cuthman formulaba una pregunta a su anónimo interlocutor:

—¿Por qué hace esto, amigo? No me diga que sólo por doscientos cincuenta «pavos», porque no le creeré.

—Digamos que tengo una cuentecita pendiente con alguien.

—¿Quién?

—Eso ya no le importa. Adiós.

Cuthman oyó el sonido que indicaba se había cortado la comunicación y volvió el teléfono a la horquilla. Estuvo quieto unos momentos y luego, reaccionando, saltó de la cama y se encaminó al cuarto de baño.

## CAPÍTULO X

El coche remontó la pendiente, alcanzó el punto máximo e inició el descenso, hacia la granja que se veía a unos mil metros de distancia, entre los árboles. A poca distancia de la casa, se veían girar las aspas de un molino de viento.

Un hombre labraba la tierra con la ayuda de un tractor. De un corral cercano, otro hombre parecía estar domando un caballo.

Era una escena idílica, pensó Cuthman, todavía no muy seguro de si su comportamiento había sido correcto, al no comunicarle la noticia al teniente Holler. Pero tampoco podía estar seguro de que el informador hubiera sido veraz.

Ahora lo comprobaría, se dijo, mientras se acercaba a la granja a la que, según el confidente, se había retirado uno de los cuatro ases. Momentos después, se detenía frente al edificio, al que daban sombra tres hermosos olmos.

El domador de caballos se acercó al borde del corral.

—Eh, ¿qué busca? —gritó.

—Soy Cuthman —contestó el joven—. Deseo hablar con el señor... Bueno, con el dueño de la granja.

—Ah, quiere hablar con el señor Henry.

—Sí, justamente.

—Aguarde un momento, iré a buscarlo.

Cuthman vio una fuente de bomba y manejó la palanca, para llenar el pote de estaño que pendía de un clavo, situado en un poste cercano. El agua era fresca, muy buena, y la saboreó complacidamente.

Un minuto más tarde, vio venir a un hombre, vestido con camisa a cuadros, remangada, pantalón de peto y la cabeza cubierta por un ancho sombrero de fibra, tendría unos cuarenta años y se le veía robusto y saludable.

—Tengo todos los seguros habidos y por haber, señor Cuthman

—declaró el granjero sin más preámbulos.

—Excepto, quizá, el que le permita parar una bala dirigida a su cráneo, señor Fallon.

Hubo un instante de silencio. Una sonrisa se dibujó al cabo en los labios del granjero.

—Me ha encontrado —dijo.

—Eso creo.

—Será mejor que entremos en casa. Tomaremos café. ¿O prefiere cerveza?

—Hace calor, Jack.

—Entonces, cerveza para los dos.

El ruido del motor del tractor sonaba rítmicamente a lo lejos. Cuthman entró en la casa, siguiendo a su dueño, quien se encaminó hacia la cocina y abrió el frigorífico, del que extrajo dos latas de cerveza.

—¿Cómo me ha encontrado, Kid? —preguntó por fin Fallon.

—¿Conoce mi apodo?

—Stewart hablaba a veces de usted. Decía que era un muchacho que llegaría muy alto. Le quería de veras, Kid.

—Lo sé. Precisamente por eso, quiero encontrar al asesino. Y evitar que mate a los dos ases que aún quedan vivos.

—El asesino no me encontrará aquí —aseguró Fallon.

—Desearía compartir su optimismo, Jack.

—Créalo, nadie conoce mi verdadera identidad. Ya ha oído al peón; ahora me llamo Jack Henry.

—No puedo estar de acuerdo con usted. Alguien le conoce y me indicó su dirección esta mañana.

—¿Quién es, Kid?

—No dio su nombre. Sólo me pidió doscientos cincuenta dólares, que habré de entregarle a un tal Flick, en el Red Duck.

Fallon arrugó el entrecejo.

—Las cosas no se pueden mantener eternamente ocultas —dijo con acento pesaroso—. Tarde o temprano, la verdad sale a relucir.

—Yo también pienso así, Jack. Dígame, ¿cómo se les ocurrió dedicarse a... esa profesión?

Sobrevino un intervalo de silencio. Cuthman estudiaba con mirada crítica el rostro de Fallon, quien parecía concentrado en sus recuerdos.

—Éramos cuatro socios, buenos socios —dijo Fallon pasados algunos segundos—. Teníamos un excelente negocio, una sala de fiestas que nos proporcionaba magníficos dividendos, Un día, resultaría largo de explicarlo, nos quedamos en la calle. Un tipo se apoderó del negocio por medio de sucias artimañas, contra las cuales no podíamos luchar legalmente. Entonces, decidimos, tras una conferencia muy larga y discutida, tomarnos el desquite.

—¿Y...? —dijo Cuthman.

—Estudiamos un plan a fondo y le vaciamos la caja fuerte. A Stewart se le ocurrió la idea de dejar el naípe con los cuatro ases. Nos pareció bien a todos.

—Siga, Jack.

—Bueno, el resto es fácil de imaginar, porque el golpe dio un resultado enteramente satisfactorio. Habíamos llegado a conocer a muchos tipos cuyas actividades, aparentemente legales, no tenían nada de honestas.

—Y decidieron saquear sus cajas fuertes.

—Era una especie de desquite contra toda esa clase de tipos, Kid.

—Pero se aprovechaban de lo que ellos robaban por medios más o menos legales.

Fallon se encogió de hombros.

—Los reproches ya son inútiles a estas alturas —contestó.

—Eso depende del punto de vista de cada cual, ¿no? Personalmente, nunca he creído en el viejo refrán popular: «Quien roba a un ladrón...».

—Usted cree en la ley.

—Es la que gana siempre, tarde o temprano, Jack.

—Antes ha dicho que todo depende de los puntos de vista. Yo tengo el mío. Y su hermano. Y la pobre Hilda.

—Y el as número cuatro, Jack. ¿Cuál es el suyo?

—Diamantes.

—Entonces, me queda por identificar el as de «pique».

Fallon se acercó a la ventana posterior de la cocina, desde la que se divisaba un extenso panorama.

—Nunca me había sentido tan feliz como en estos momentos —murmuró—. Esta paz, esta calma... Ahora no cambiaría esta vida por nada del mundo.

—¿Compró la granja con su parte del botín?

—¿Podía ser de otro modo? —sonrió Fallon.

—El botín ascendía a casi cuatro millones. Es una cantidad importante, Jack.

—Se hizo un reparto absolutamente equitativo. Confiábamos ciegamente los unos en los otros. No había fisuras en nuestro grupo.

Se volvió hacia el joven.

—Pero, como es lógico, no puedo decirte lo que hizo cada cual con su parte del botín. Algo gastarían, supongo: han pasado cuatro años, desde que «limpiamos» la caja fuerte de los Thanford. El golpe nos llevó ocho meses de preparación. Y Thanford se merecía eso y mucho más, créeme.

—No lo dudo.

—Nunca matamos a nadie...

—Salvo a un tipo llamado Louis, que se saltó la tapa de los sesos.

Fallon torció el gesto.

—Era un mal bicho, el peor de todos —contestó—. Se sospechaba de él que había ordenado, al menos, tres asesinatos. Si era cierto, no se le pudo probar nunca. No merece una sola lágrima, Kid.

Cuthman pensó inmediatamente en Madge. La muchacha estaba engañada con respecto a su padre; pero ¿no había vivido él también engañado, hasta que su propio hermano le contó la verdad?

—En fin, Kid, lo que se hizo, hecho está —dijo Fallon—. ¿A qué has venido, si puede saberse?

—Quería encontrar alguna pista sobre el asesino —respondió Cuthman.

—No tengo ninguna —aseguró Fallon.

—Aparte de las víctimas, claro, ¿no dejaron ningún otro enemigo?

Fallon se volvió de pronto.

—Nuestras víctimas no supieron nunca quiénes les habían robado —contestó—. Bueno, quiero decir que los Thanford, por ejemplo, sí nos conocieron; yo era el chófer-jardinero, tu hermano el mayordomo, Hilda la doncella y Brian Kells el lechero que les servía todos los días. Pero eso sucedió a miles de kilómetros de aquí y nuestro aspecto, lógicamente, era distinto del actual.

—Sin embargo, yo estoy aquí, porque alguien conocía su escondite —alegó el joven.

—¿Quién? —preguntó Fallon.

—Él hombre que me facilitó su dirección. No se ha equivocado.

—No sé quién puede ser, ni cómo lo ha conseguido...

—¿Dónde está el as de «pique»?

—Lo ignoro.

—¿No se han vuelto a ver desde la separación?

—No.

—Se llamaba Brian Kells.

—Exactamente. Mira, Kid, desde el momento en que se disolvió la banda, yo he llevado una vida completamente alejada de, esos medios. Primero viajé seis meses por Europa, a fin de disfrutar un poco de lo conseguido. Luego, regresé al país y me compré esta granja. No negaré que, a veces, voy a Los Ángeles a divertirme un poco, pero siempre muy discretamente, evitando siempre cualquier posibilidad de escándalo. No he vuelto a ver a ninguno de mis compañeros, ni siquiera me arriesgué a ir al entierro de tu hermano o de Hilda.

—Entonces, no sabe dónde puedo encontrar a Kells.

—¿Lo crees interesante?

—Me gustaría.

—Lo lamento muchísimo. Ignoro en absoluto todo acerca de él, a partir del momento en que nos separamos. Es cierto que hablamos de celebrar alguna vez una cena de aniversario, pero es algo que nunca se llevó a la práctica. No, no sé dónde está ahora Kells, ni siquiera el aspecto que ha podido tomar. Figúrate, es fácil dejarse crecer el bigote y la barba. Brian tenía cierta tendencia a engordar y era muy cuidadoso con su dieta. Bastaría que hubiese comido un poco más de lo normal, para que echase barbilla, mofletes... ¿Quién lo reconocería, pues, ahora?

Cuthman sonrió.

—Es una hipótesis muy verosímil —convino.

Fallon le miró de frente.

—¿Vas a delatarme, Kid?

—Prefiero pensar que no le he visto —contestó el joven.

—Gracias. La verdad es que no me arrepiento de haber tomado parte en aquellos golpes; todas nuestras víctimas, se lo merecían.

Pero quizá ahora viviría más tranquilo.

—¿Piensa que el asesino sabe dónde está y que vendrá a buscarle?

Sobrevino un momento de silencio. De pronto, Fallon se volvió nuevamente hacia la ventana.

—Me fastidiaría mucho tener que abandonar todo esto —murmuró sordamente.

Y, en el mismo instante, se oyó un fuerte estampido.

Fallon se estremeció con terrible violencia, pero permaneció erguido aún frente a la ventana. La siguiente detonación sonó apenas un par de segundos después. Cuthman pudo ver el impacto de llegada de la bala y la salida por la espalda, proyectando al exterior un delgado pero violento chorro de sangre.

Entonces, Fallon se desplomó súbitamente, como un saco deshinchado. El joven no necesitó mirarle, para saber que había muerto.

Corrió hacia la ventana y se asomó con grandes precauciones. Por el camino que contorneaba la granja y que se hallaba situado en el lado opuesto, corría un automóvil a toda velocidad, dejando tras sí una espesa nube de polvo.

El coche se dirigía sin duda a buscar el camino que conducía a la carretera general. Cuthman dio media vuelta y se lanzó hacia la puerta delantera, para perseguir al asesino. Pero apenas hubo abierto la puerta, vio que sería inútil: dos de las ruedas de su coche, aparecían deshinchadas.

El ruido del motor del tractor había cesado y el peón corría hacia la casa. Desde la veranda, Cuthman contempló sombríamente al vehículo que se alejaba a toda velocidad. El polvo que dejaba en su vertiginosa marcha, no podía ocultar del todo su vivo color rojo.

El peón llegó a la casa.

—Será mejor que avise a la policía —aconsejó el joven—. El señor... Henry está muerto.

## CAPÍTULO XI

El Red Duck era un local de mala muerte, en el que Cuthman no hubiera entrado jamás, excepto en el caso de verse en inminente peligro de morir de sed. «Aquí no hay moscas; se mueren de asco», pensó, mientras se acercaba al mostrador.

—¿Qué desea? —preguntó el barman.

Debía de estar en malas relaciones con el patrón, se dijo Cuthman, por el tono que empleaba, más propio para espantar clientes que para atraerlos.

—¿Es usted Flick? —preguntó.

—Sí. Pida algo de beber o lárguese; no nos gustan los mirones.

Cuthman contempló un instante el rostro chupado del sujeto, en donde, por si fuera poco, abundaban los granos. Tuvo una respuesta mordaz en la punta de la lengua, pero pretirió abstenerse, a fin de evitar incidentes.

—Tengo un sobre —dijo.

—Démelo.

—¿Cuánto contiene?

—Doscientos cincuenta «pavos».

—Le daré cincuenta si me dice quién es la persona a la que se debe entregar ese dinero. —Cuthman enseñó un billete y esperó la respuesta.

La lengua de Flick asomó y se paseó por los labios súbitamente resecos.

—Dijo que vendría más tarde —contestó.

—¿Su nombre?

—Peters, es todo lo que sé.

—Flick, es usted un mentiroso.

El barman emitió un par de gruñidos. Luego dijo:

—Sal Hines.

—¿Más detalles?

—Cincuenta años, uno setenta, medio calvo, raza blanca y algo cojo de la pata derecha.

—Lléveme una cerveza a aquella mesa —ordenó el joven—. Y tenga en cuenta que si me ha engañado, le volveré del revés como un guante.

—Le he dicho la verdad —aseguró el barman, más amansado, mientras se apoderaba del billete que había caído sobre el mostrador.

Cuthman se sentó y encendió un cigarrillo. Eran todavía las siete y media de la tarde. Dos horas después, Hines no había dado aún señales de vida.

El ambiente en el local era de gran calma. Apenas si había clientes. Cuthman empezó a impacientarse. En un rincón, un televisor emitía imágenes de una película del Oeste. Pero los pensamientos de Cuthman estaban aún, en Jack Fallon, muerto ante sus propios ojos, por las balas de un rifle que alguien había disparado a unos cien metros de su casa.

Un tipo con puntería, se dijo, no cabía duda. Y el asesino había sabido llegar silenciosamente, a motor parado, simplemente, dejándose llevar por la pendiente. Primero se había acercado cautelosamente a la casa, deshinchándole los neumáticos. Luego había ido al lugar elegido para hacer sus disparos. Probablemente, de no saber que estaba en la casa, habría asesinado a Fallon desde la misma puerta, pero su inesperada presencia le había obligado a buscar una mejor posición para hacer fuego, sin temor a ser alcanzado más tarde.

La película acabo y dio paso a un noticiario. De pronto, el locutor anunció la intervención de la policía en un asesinato. El nombre de la víctima hirió los tímpanos de Cuthman con la violencia de un cañonazo. Ya no podría hablar con Sal Hines. Alguien le había metido tres balas en el pecho, matándolo instantáneamente.

Había un coche rojo, parado frente a su casa. Esta vez, Madge no se encontraba en el interior, sino que le aguardaba fuera.

—Cualquiera diría que has estado en las antípodas —exclamó, saliéndole al encuentro.

Cuthman la miró en silencio durante unos segundos. Luego, lentamente, dijo:

—Ya sólo queda un as vivo. Si entras en casa conmigo, tomarás café.

Madge contuvo una exclamación de sorpresa. Luego se emparejó con el joven.

—¿Quién es el as que ha muerto? —preguntó.

—¿No has oído la radio?

—No, Kid.

Cuthman insertó la llave en la cerradura.

—Fallon. Tenía asignado el as de diamantes.

—¿Cómo lo encontraste?

—Me dieron un «soplo». Al «soplón» lo han asesinado también.

—¡Dios mío! Esto parece una guerra de exterminio total.

—No lo creas. El asesino, simplemente, se sabe en peligro, y quiere eliminar bocas comprometedoras.

—Parece razonable en el caso del padre de Hilda y en de tu «soplón», pero ¿qué me dices de los tres ases que han muerto? ¿Por qué?

—Yo empiezo a pensar en la posibilidad de un botín.

—¿Cómo?

—Es evidente que los cuatro ases no se gastaron el dinero conseguido con sus robos. Pienso que tal vez lo tenían en su propia casa, al menos, una buena parte, en lugar de guardarlo en el Banco. Dada la forma en que lo consiguieron, es una hipótesis que merece tomarse en consideración, ¿no te parece?

—Pudiera ser, en efecto. —De súbito, Madge lanzó un fuerte chillido—. ¡Kid, mira!

Ella estaba en el centro de la sala, con la mano tendida hacia un punto. Cuthman volvió la cabeza y una exclamación brotó instantáneamente de sus labios.

Encima de una consola de servicio de licores y apoyada sobre una botella, de modo que quedara en posición casi vertical, se divisaba un naípe, con un as en el ángulo interior derecho.

—El as de «pique» —dijo Madge al fin, cuando pudo hablar.

Cuthman entornó los ojos, fijos en la carta.

—El único as vivo —murmuró.

—¿Por qué te lo han dejado en casa, Kid?

—Hay una explicación —contestó él—. Sencillamente, el asesino no pudo dejarlo en casa de Fallon.

—Y lo hace para avisarte...

—No cabe la menor duda, Madge. ¿Por qué no pones el agua a calentar para el café?

—Sí... Luego me tienes que contar todo —pidió ella.

—Claro.

Cuthman se acercó a la consola y contempló el naipe fijamente.

—¿Quién lo ha dejado aquí? —musitó.

De pronto, sonaron unos nudillos en la puerta.

—¿Puedo pasar? —solicitó el teniente Holler.

Cuthman hizo un gesto con la mano.

—Hay *whisky* —dijo.

—Prefiero café, Kid.

—Estará enseguida. ¿Un cigarrillo?

Holler encendió el pitillo y expulsó el humo.

—Sal Hines ha muerto —dijo.

—Lo sé.

—Había trabajado en tiempos para Dannell. Éste lo despidió, porque sospechaba que pasaba informaciones a otros competidores. Las cosas le rodaron mal a partir de entonces. Vivía a salto de mata, consiguiendo un dólar aquí, otro allá... Pero conocía a bastante gente. Por ejemplo, a Jack Henry.

—El nombre verdadero era Jack Fallon, Pat.

—¿Por qué no me dijo que iba a verle?

—Si se lo hubiera dicho, ¿qué habría hecho usted?

—Detenerle...

—Acusado, ¿de qué? ¿De robos, sin pruebas?

—Podría haber hablado con él —rezongó Holler, molesto.

—Yo le contaré puntualmente todo lo que hablamos. Dudo de que a usted le hubiera dicho más cosas.

—Entonces, empiece.

—Será mejor que tomen primero una taza de café —sugirió Madge, entrando con la bandeja en aquel momento.

Durante unos minutos, no hubo más que silencio. Luego, Cuthman empezó a hablar.

—Un golpe de audacia, no cabe la menor duda —comentó Holler, cuando el joven hubo terminado su relato.

—¿Por qué murió Hines, teniente?

—Está claro. Conocía al asesino, señorita.

—Eso pudo habérmelo dicho a mí —se quejó Cuthman.

—Apostaría algo a que primero le envió a Fallon, para sacarle esos doscientos cincuenta dólares que, en su situación actual, eran una fortuna para él. Luego, claro, le habría dicho el nombre del asesino, pero por más dinero.

—También cabe otra posibilidad, Pat.

—¿Sí, Kid?

—Intentó hacer chantaje al asesino y éste lo quitó de en medio.

—Muy probable. Pero eso nos dice que se siente acorralado, ¿no cree?

Cuthman se encogió de hombros.

—Ya no sé qué pensar —contestó desanimadamente—. Lo único que puedo decir es que estoy muy cansado...

Madge le miró con simpatía.

—Será mejor que le dejemos solo, teniente —propuso.

—Si —accedió Holler.

Momentos después, Cuthman se metía en la cama. Holler se había llevado la carta con el último as. Estaría limpia de huellas dactilares, como las anteriores, pero convenía enviarla al laboratorio.

La carta en su casa era un dato significativo: el asesino no había podido dejarla sobre el cuerpo de su víctima.

El sueño llegó casi de golpe, aliviándole de todas sus preocupaciones. Durmió de un tirón toda la noche y, a la hora habitual, se levantó y fue al baño.

Cuando estaba secándose, recordó un detalle que le había pasado desapercibido.

—Maldita sea —gruñó—. ¿Por qué no me habré acordado antes? Aquel detalle, pensó, le permitiría identificar al asesino.

A pesar de los nervios, consiguió dominar su impaciencia y esperar hasta las doce del mediodía, hora en que sabía encontraría levantado a Conklin. Entonces, fue a su casa y se anunció a los guardianes de la entrada. Conklin le recibió de inmediato.

—¿Puedo servirle en algo, Cuthman? —dijo, servicial.

Antes de contestar, el joven se acercó a la ventana y exploró la parte posterior con la vista.

—No hay nadie. Madge no está —informó Conklin.

—¿Qué es esa chica para usted? —preguntó.

—Su padre y yo fuimos amigos en tiempos. Vino a pedirme trabajo y se hospedó algunos días en mi casa. Estoy pensando en emplearla en una de mis empresas. Es abogado.

—No lo sabía —murmuró Cuthman.

—No tiene demasiada importancia, ¿verdad? —sonrió Conklin —. Bien, ¿puedo saber de una vez a qué ha venido?

—Se lo diré con toda claridad, Conklin. He venido a acusarle del asesinato de varias personas, entre ellas, mi hermano.

Las cejas de Conklin se alzaron vivamente.

—¿Está loco o borracho? —Gruñó.

—No, en absoluto. Es más, le diré que la policía va a llegar aquí de un momento a otro.

Cuthman apoyó las dos manos en la mesa y se inclinó hacia adelante.

—El día en que murió Hilda Baltham, usted salía de su casa y subió a un coche descapotable rojo, precisamente el mismo que utilizó el asesino de Jack Fallon, entre otras muchas ocasiones.

Conklin parecía haber perdido el habla. De pronto, Cuthman dio la vuelta a la mesa, abrió uno de los cajones y sacó un revólver calibre 38 y cañón corto.

—Aquí está el arma homicida —declaró, con acento triunfal.

## CAPÍTULO XII

—Tendrá que dar explicaciones de sus actos, a la hora en que se cometieron los asesinatos, señor Conklin —dijo el teniente Holler.

Conklin sonrió desdeñosamente.

—Teniente, ¿va a hacer caso a este joven con la cabeza atiborrada de fantasías delirantes?

—No tan delirantes. Lo que ha dicho es muy sensato.

—Como quiera. —Conklin alargó sus manos—. ¿Piensa llevarme arrestado?

Holler dudó. Todo parecía acusar a Conklin, en efecto, pero las pruebas no eran demasiado consistentes. Con los elementos de que disponía, un buen abogado, obtendría enseguida la libertad para el acusado.

Cuthman permanecía silencioso a un lado, escuchando la conversación. El sargento Brent también se hallaba presente.

—Señor Conklin, usted tiene un coche rojo, descapotable —dijo el policía.

—En efecto, aunque ya lo uso muy poco. Ahora utilizo casi constantemente el «Cadillac». Lo conduce uno de mis hombres.

—¿Me permite que lo registremos? Puede usted negarse, claro está, pero sabe bien que obtendría un mandamiento judicial...

Conklin agitó la mano.

—Adelante, hombre; está en el garaje y tiene las llaves puestas —accedió displicente.

—¿Sargento? —dijo Holler.

—Sí, señor —contestó Brent.

Mientras, Cuthman contemplaba silenciosamente al dueño de la casa. Le llamaban El Gordo, y aunque estaba rollizo, no era precisamente un hombre obeso. Pero podía haberlo sido y adelgazar en parte, por la dieta... Y también podía haber sido un hombre delgado, con tendencia a la obesidad, y engordar hasta unos límites.

De pronto, dio un paso hacia adelante.

—Señor Conklin, ¿le suena el nombre de Brian Kells? —preguntó súbitamente.

Conklin respingó.

—¿Por qué lo dice? —quiso saber.

Holler se sentía muy interesado.

—¿Quién es Kells? —preguntó.

—El cuarto as. Tenía tendencia a engordar. Me lo dijo Fallon. Y mire qué cara ha puesto, cuando he mencionado ese nombre.

—¡Esperen! —chilló Conklin—. Conozco a Kells, pero hace años que no lo veo. Lo menos seis o siete. Trabajó para mí una temporada; luego se independizó y montó un local nocturno con tres socios. Ahora, me pertenece...

Conklin soltó una obscena interjección.

—Nunca lo he dicho, pero yo fui una de las primeras víctimas de la Banda de los Cuatro Ases. No consiguieron mucho, unos ciento veinte mil dólares. Pero no quise denunciar el hecho; mi reputación habría resultado dañada...

El sargento Brent apareció de pronto en el umbral. En su mano derecha, envuelto parcialmente en un pañuelo, se veía un rifle con mira telescópica.

—Estaba en el maletero del coche rojo, teniente —informó.

—Habrá que felicitarle, Kid.

Cuthman estaba en pie, frente al escritorio de persiana, y se volvió al oír la voz de la muchacha desde la puerta.

—Hola —sonrió—. ¿Quieres entrar?

Madge se apoyó en la jamba.

—¿Piensas quedarte en la casa de tu hermano? —preguntó.

—A ti, ¿qué te parece?

—Es muy elegante. Si estuviese en tus circunstancias, me la quedaría.

—¿Aun conociendo su origen?

—Hombre, no hay que ser tan remilgado. Piensa en las víctimas de los cuatro ases. También mi padre tuvo sus víctimas, Kid.

—Madge, ¿qué le ha hecho cambiar de modo de pensar?

Ella se puso seria.

—Encontré a un viejo conocido. Me contó muchas cosas —respondió tristemente—. Nunca imaginé que mi padre fuese...

—Será mejor que lo olvides —aconsejó él—. Por otra parte, ¿quién podría devolver el dinero a las víctimas de la banda? Gastaron mucho, por las joyas recibieron menos de la mitad de su valor real... y no olvidemos tampoco que Conklin les despojó de su negocio.

—He leído los periódicos. Conklin niega rotundamente que el rifle sea suyo. Admite que el revólver le pertenece, pero jura y perjura que no tiene silenciador, y que alguien que le quiere mal, puso el rifle en el maletero de su coche.

—Eso es imposible. Él no lo usa apenas.

—Pero ayer se lo dejó a la chica que... tiene en casa.

—Tonterías, excusas que no admitiría el fiscal más estúpido.

—Es posible, pero ¿por qué cometió Conklin esos crímenes?

—En alguna parte queda dinero, pequeña.

—¿Lo crees así?

—Ya te lo dije, ¿no?

—Y ahora lo estás buscando.

Cuthman volvió la cabeza un poco hacia el escritorio.

—La fabricación es moderna, aunque el mueblista le haya dado este aspecto antiguo, que tanto favorece la decoración —dijo.

—Tiene muchos cajones...

—Y quizá algún escondite secreto.

Madge asintió.

—¿Piensas desmontarlo?

—No estaría de más, me parece.

—¿Qué pasará si destrozas el mueble y no encuentras nada?

—Simplemente, lo lamentaré... y compraré otro, si decido instalarme por fin en esta casa.

—Bueno, empieza —sonrió ella—. Estoy muriéndome de curiosidad.

—Iré a ver si encuentro herramientas... Madge, ayer me explicó Conklin por qué estabas en su casa.

Madge meneó la cabeza.

—Yo sabía que él y mi padre habían sido grandes amigos, pero nunca me imaginé la clase de negocios a que se dedicaba Conklin. Cuando empecé a ver claro, dejé su casa.

—Ya. Siento haber dudado de ti.

—Estabas en tu derecho, Kid. —La muchacha volvió a sonreír. El

as de picas le dará las gracias, por haberle salvado la vida.

—Primero, será preciso encontrarlo —adujo él—. Con permiso, voy a ver si encuentro un destornillador.

—Muy bien, aquí te espero.

Madge sacó tabaco y se puso un cigarrillo entre los labios. Después, se acercó al escritorio y, distraídamente empezó a tabalear con los dedos sobre la pulida superficie de madera.

De repente, creyó notar algo extraño en el escritorio. El tablero de madera vibraba ligeramente, como si no estuviese bien adherido al resto de la estructura. Había allí una hoja de chapa y el hecho picó su curiosidad.

Un tanto nerviosa, abrió su bolso y sacó una lima de metal, para las uñas, que introdujo bajo la chapa, en el delgadísimo intersticio que ésta dejaba con el soporte inferior de la armazón. La chapa cedió sin demasiada dificultad y algunos papeles aparecieron ante sus ojos.

Había también una fotografía, ampliada a unos 18 X 24. Cuthman llegó en aquel momento y pudo ver lo que había hecho la joven.

—¿Qué es esto, Madge?

—Míralo tú mismo —respondió ella.

Los documentos eran resguardos bancarios, advirtió bien pronto, referentes a depósitos que importaban, en conjunto, un cuarto de millón. Una vez realizados los trámites legales, aquel dinero le pertenecería.

En cuanto a la fotografía, reflejaba las figuras de cuatro personas, que parecían celebrar una fiesta en el jardín de alguna casa, porque se veía una barbacoa humeante, además de un par de mesas y otros adminículos.

Tres estaban sentados a una de las mesas y un cuarto se disponía a servirles la comida, ataviado con delantal y blanco gorro de cocinero. Era, indudablemente, un toque de humorismo, en una celebración hecha entre amigos.

A dos de los que estaban sentados, los reconoció inmediatamente; eran su hermano e Hilda. La identidad de los dos restantes era fácilmente deducible.

—Bien, estamos aquí ante un documento gráfico muy poco común: una fotografía de los cuatro ases juntos. Mi hermano, Hilda,

Fallón...

Se lo señaló a Madge con, el índice. Ella asintió.

—Tres ya no son de este mundo —musitó.

Cuthman tenía fruncido el ceño.

—La fotografía es muy antigua, de siete u ocho años al menos —dijo—. A todos ellos se les reconoce fácilmente, menos al cocinero, claro, a quién nunca he visto hasta este momento.

Era un hombre alto, unos años mayor que los restantes, y cuyas facciones estaban adornadas por un frondoso bigote, estilo manillar de bicicleta.

—Es evidente que él preparó la comida —dijo Madge—. En este tipo de reuniones, nunca falta alguien a quién le encanta convertirse en cocinero por unas horas.

—Cocinero —repitió él—. El cuarto as era aficionado a guisar...

De súbito, chasqueó los dedos.

—¡Madge, qué grandísimo idiota soy! —exclamó.

La muchacha contuvo su respiración. En aquel instante presintió que Cuthman había adivinado, por fin, la verdadera identidad del criminal.

## CAPÍTULO XIII

Había un patio trasero, delimitado por una valla de tablones, recortados en pico y de unos dos metros de altura. La valla estaba bien cuidada, recién pintada, según se advertía sin dificultad. Cuthman había llevado el destornillador consigo y forcejeaba con la cerradura. Madge se sentía muy aprensiva.

—No acabo de entender por qué hemos venido por este lado —dijo.

—Falta la prueba definitiva —refunfuñó él.

La cerradura chasqueó de pronto y el paso quedó abierto. En el patio trasero se acumulaban cajones vacíos y trastos viejos. Debajo de un cobertizo de chapa, abierto, se veía un coche rojo.

—¿Y ahora, Madge?

Ella asintió. De pronto, un hombre, vestido de blanco, con gorro de cocinero, apareció en la puerta trasera del edificio.

—Eh, ustedes, ¿qué diablos hacen ahí? —les increpó duramente.

—Llame al dueño. Dígale que soy Kid Cuthman —contestó el joven en tono imperativo.

El cocinero pareció sentirse muy impresionado.

—Sí, sí, ahora mismo...

Cuthman sacó la fotografía y la dejó sobre la tapa del maletero. Luego se puso un cigarrillo entre los dientes. Por una de las ventanas abiertas, salía un apetitoso olor a carne guisada.

Jeff Collins apareció a los pocos momentos.

—¡Kid! ¿Qué te sucede? —exclamó.

—Hola, Brian Kells, as de «pique» —dijo Cuthman tranquilamente.

Sobrevino un denso silencio. A Madge le pareció que en la cara de Collins se había producido una pérdida de color.

De pronto, el dueño del restaurante soltó una risita forzada.

—Estás bromeando, Kid —dijo.

—Tú sabes bien que no es así —contestó el joven. Con la cabeza, señaló la fotografía puesta encima del coche—. ¿Recuerdas?

—¿Dónde la has encontrado?

—En casa de mi hermano, en un sitio donde tú no pudiste encontrarla. Había también algunos documentos bancarios. Quizá también los buscabas, Brian.

—Y por eso has adivinado...

—En la fotografía, apareces con delantal y gorro de cocinero, indudablemente, la cocina era una de tus aficiones, así que cuando la banda se disolvió, montaste el restaurante, después de haber cambiado prudentemente de nombre, por supuesto. Y también, claro está, eliminaste aquel hermoso bigote del que, imagino, te sentías tan orgulloso. El as de picas, espadas, puede tener, en tu caso, un doble significado: el espetón de asar, parecido a una espada... y la espada ejecutora de sentencias de muerte, dictadas y realizadas por una misma persona.

Madge adelantó el busto.

—¿Por qué lo hizo, señor Kells?

El interpelado se pasó una mano por la frente. Torció el gesto y contestó:

—Estaba arruinado —confesó roncamente.

—¿Arruinado? —se asombró Cuthman.

—Las apuestas en las carreras de caballos. Han sido mi ruina.

—¿Y por eso tuviste que...?

—¡Ellos tenían aún dinero! ¡Yo hice la mayor parte de los trabajos sucios y mi parte fue igual a la suya! —gritó Kells—. Tenía derecho a una mayor cantidad...

—Y no quisieron dársela —adivinó la muchacha.

—No me la hubieran dado —respondió Kells significativamente.

—Entonces, los mataste para robarles después. Era un buen plan, porque ello se podía achacar a la venganza de alguna de sus víctimas, ¿no? —dijo Cuthman.

—¿Y el padre de Hilda? ¿Por qué tuvo que asesinarle? —inquirió Madge.

—¿No lo adivinan? —se burló Kells—. Él me conocía y sospechó de mí inmediatamente. Quiso sacarme dinero y le fui dando largas, hasta que supe que ya no se callaría.

—Por algo parecido, mataste a Dannell y a Hines.

—Todos ellos callaban, esperando sacar su tajada. Hines me había visto alguna vez en casa de Dannell. Me telefoneó, diciéndome que ya había indicado la dirección de Fallon. Era como una especie de amenaza, tratando de hacerme ver lo que podía pasarme, si no accedía a sus pretensiones. Hines era una basura humana —añadió Kells despectivamente.

—Pero tú no tratabas con Dannell...

—Al principio, no, después, sí, cuando me metí hasta el cuello en lo de las apuestas. Dannell se puso demasiado pesado, compréndelo, Kid.

—¿Qué me dices de Conklin?

—Es otro de los que manejan el tinglado de las apuestas. Anoche vino su fulana a cenar, precisamente.

—Ocasión que aprovechaste para poner en el maletero de su coche rojo, el rifle con el que disparaste contra Fallon —acusó el joven.

Kelis se encogió de hombros.

—Dio resultado, ¿no?

—Sólo de momento, Brian.

Kells quedó callado un instante. Luego echó mano al interior de su chaqueta.

—Bien, hay que solucionar esto de una vez —dijo.

—¡No lo hagas, Brian!

—¡Deje el arma! —Sonó, tunante, la voz de Holler en la puerta.

En la mano de Kells había aparecido un revólver, pero no lo soltó. Holler y Brent hicieron luego al mismo tiempo.

Kells se derrumbó sin un solo gemido y quedó boca abajo. Durante unos momentos, se agitó convulsivamente; luego, lentamente, se quedó quieto para siempre.

Algo asomaba por uno de sus bolsillos. Holler se inclinó y sacó aquel objeto con dos dedos.

Era un naipe completamente en blanco.

La Banda de los Cuatro Ases se había disuelto definitivamente, pensó Cuthman.

—¿Y ahora, Kid? —preguntó Madge, horas más tarde.

Cuthman se abanicaba con los resguardos bancarios.

—Parte de este dinero, le pertenece —dijo—. Te lo devolveré, en cuanto lo hayan ingresado en mi cuenta bancaria.

—Oh, Kid, que importa ahora.

—No me ha gustado nunca tener un dinero que no haya ganado por mí mismo —respondió él—. Si no puedo devolverlo a sus legítimos propietarios, existe lo que se llaman obras benéficas. Yo me gano muy bien la vida y tengo una oficina muy acreditada. ¿Comprendes lo que quiero decirte?

—Sí. Me parece estupendo, Kid. Me alegra mucho que pienses así —dijo la muchacha, con ojos muy brillantes.

Cuthman agitó la cabeza.

—Me pregunto por qué me hizo ir a Hillside Park —murmuró.

—Está claro. Le resultabas demasiado peligroso. Te veía casi a diario y estaba al corriente de tus pasos.

—Y luego, quizá no se atrevió a insistir...

—Sin duda, pensó que tras la detención de Conklin, al que las pruebas acusaban aparentemente, no serías ya un peligro para él. Porque lo cierto es que se te había anticipado en todos tus movimientos.

—Sí, pero, al final, logré descubrirlo. ¿Sabes? La fotografía era en la celebración del éxito de su primer golpe. He encontrado una copia, a tamaño más reducido, y lo dice en el reverso.

Cuthman suspiró.

—Madge, a veces pienso que Kells no quería enfrentarse con la policía.

—¿Por qué lo dices?

—Recuerda, Holler encontró un naipe en blanco, en su bolsillo. Quizá presentía su muerte... y creo que quería suicidarse.

—Es muy posible —admitió ella.

De pronto, Cuthman avanzó hacia la muchacha y encerró con los brazos su esbelta cintura.

—Tengo una buena oficina de auditoría de cuentas —dijo—. Un abogado, como tú, resultaría un excelente colaborador... claro que la colaboración seguiría después de las horas de despacho.

—¿Qué clase de colaboración? —preguntó Madge.

—Esa que se establece entre un hombre y una mujer, después de que lo hayan acordado ante alguien que pueda autorizarla legalmente: un juez de paz, un sacerdote...

—Soy una reaccionaria, una retrógrada. Me gustan las iglesias, con olor a incienso, flores, damas de honor, marcha nupcial al

órgano...

—Y un bonito traje de novia.

—Sí, Kid.

Cuthman se inclinó para besarla.

—Tendrás todo lo que deseas —afirmó.

FIN



**¡En calidad de novedad  
exclusiva!**

**M. L. ESTEFANIA**



El mundialmente famoso  
autor brinda a sus  
lectores la posibilidad  
de saborear sus mejores  
relatos en las Colecciones...

**CENTAURO Y  
OESTE  
LEGENDARIO**

**¡Cada título, un vendaval  
de emoción! Y atención:  
¡Son primeras ediciones!**

*Asegure  
su  
ejemplar*

**EDITORIAL  
BRUGUERA, S. A.**



**PRECIO  
EN ESPAÑA 35 PTAS.**

*Impreso en España*

